héroes del ESPACIO

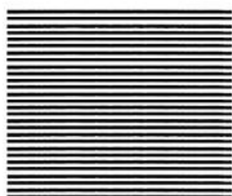
NOVELAS ECSA

LA ESMERALDA SANGRANTE

TREVOR SANDERS

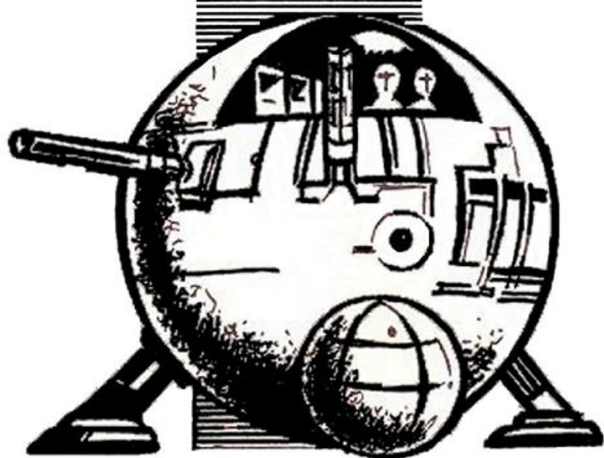


SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO





ECSA

TREVOR SANDERS

LA ESMERALDA SANGRANTE

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 63
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 — BARCELONA (6)

ISBN 84—85626—56 7
Depósito legal: B. 13.429 — 1981

Impreso en España — Printed in Spain

1ª. edición: junio 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona — 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

58— *Telaraña espacial* Joseph Berna.

59— *Cazando estrellas,* Lucky Marty.

60— La extraña alienígena, Rocco Sarto.

61— *Los primeros en G—3,* Elliot Dooley.

62— *Crucero al infinito,* Eric Sorensen.

PREFACIO

Mi nombre es Jack Duval.

Tengo veintiocho años, los ojos azules y el pelo rubio rizado.

Mido un metro y noventa y seis centímetros.

Soy detective privado.

El número de mi licencia es: 060944—K.

Tengo estudios de derecho, de criminología, de análisis químico y espectroscópico. También poseo una licencia de piloto interplanetario, clase A.

Desde hace tres años, trabajo y vivo en Central City, ciudad del planeta Marte.

Muchos dirán que este relato pretende ser una justificación de lo injustificable. Espero que esa opinión, que en la actualidad sé que es extensa, quede reducida, sino anulada por lo que pasaré inmediatamente a narrar.

CAPITULO PRIMERO

La primera vez que oí hablar de la Esmeralda Sangrante fue en el restaurante Mickey, de Central City. Estaba yo sentado a una mesa, en compañía de mi secretaria, Effie Riviere, cuando llegaron los muchachos de los grandes pies.

Dos buenos muchachos, Sid Rogers y Lou Constantino, teniente primero y teniente segundo, respectivamente de la división especial de Tigre Ferrigno.

Yo, ya os he dicho, soy un hombre grande. Lou es todavía más grande que yo. Sid, en cambio, es pequeño. Muy pequeño.

Se dice que para conseguir su empleo en la policía, Sid tuvo que mover muchas influencias. ¿Por qué? porque no alcanzaba la estatura mínima.

Al verme, Sid y Lou se acercaron a la mesa.

—Hola, muchachón —dijo Lou.

—Hola, pequeñín —dijo Sid.

Ambos tienen la costumbre de expresarse siempre de ese modo. Lou lo hace como si todos fuéramos más grandes que él, y Sid, por el contrario, como si no viera a su alrededor otra cosa que enanos.

Formas de ser que tiene la gente. Complejos, se dirá.

Effie, mi secretaria, que no tiene complejo alguno, sonreía esplendorosamente.

Los dos muchachos de los grandes pies se sentaron a la mesa.

Sé que no lo hacían por mí, sino por Effie. Aquello no me gustaba, pero ¿qué podía hacer yo?

Yo soy nada más que un detective privado, un pesquisa particular, un nariz larga, un curioso, un mercenario, ciudadano, mal pagado.

—Oye, preciosa —dijo Lou—, ¿tienes algo que hacer esta noche?

—Tengo que trabajar —respondió Effie, sin dejar de sonreír.

—¿Con ése? —preguntó Lou.

Me señaló con un dedo del tamaño de una morcilla.

—En efecto —dijo Effie.

—¿Dónde? —preguntó Lou—. ¿En la oficina? ¿O... en algún otro sitio?

—¿En qué otro sitio puede ser? —dijo Effie.

Parecía allí, sentada, sonriente, una chica pura, casta y virginal.

No lo era. Era, nada más, bellísima. No creo que hubiera en Central City muchas mujeres tan atractivas como ella. No creo que hubiera siquiera una docena. No creo que hubiera tantas como para ocupar los dedos de mis manos. Es más, no creo que hubiera ninguna.

—¿En qué otro sitio? —rió Sid—. Vamos...

Yo sentí que Effie, a mi lado, se ponía tensa. Que Lou, que estaba sentado frente a ella, tenía las manos bajo la mesa.

Comprendí en el acto lo que ocurría.

—Saca las manos al sol —dije—. Vamos, gigantón.

Lou sonrió con su peor sonrisa. Puso, lentamente, las dos manazas sobre la mesa.

—¿Así? —preguntó.

—La próxima vez que te hagas el listo —dije—, te vas a llevar un disgusto.

—¿Qué? —Sid rió—. ¿Acaso le piensas pegar a Lou? ¿Tú, pesquisa?

—No he dicho eso —respondí.

La situación no me gustaba. Lou siempre fue un bruto sanguinario, y Sid, aunque pequeño, no le iba a la saga. Además, era un sádico.

—Bueno... —dije—. Effie y yo tenemos que volver a la oficina. Hay trabajo que hacer.

—¿Trabajo? —se burló Lou—. ¿Tú?

—Sabemos que no tienes nada que hacer —dijo Sid—. Estamos muy enterados. Hace meses que tu oficina sólo junta polvo.

Lou y Sid se miraron. Los dos sonreían como si se divirtieran enormemente.

—A no ser —dijo Sid— que se refiera a esa otra ciase de trabajo...

—¿Qué te parece? —dijo Lou—. Yo no lo creo. Effie es una chica de buen gusto. Si trabaja con este grandullón es sólo porque necesita el salario para alimentar a su madrecita, tan viejecita.

—Basta ya —dije yo. Me incorporé—. ¿Te vienes? —pregunté mirando a Effie.

Effie empezó a levantarse. Lou la cogió por un brazo con una de sus manos de gigante.

—Preferiría que la pequeña se quedara con nosotros —dijo Lou.

—Sí, sí —dijo Sid.

Yo me preparé, afirmándome con los dos pies sobre el suelo. Sabía que iba a haber bronca. Era inevitable.

Y la hubiera habido, sin duda, y yo, lo reconozco, difícilmente hubiera salido bien librado.

Me salvó el sonido de .la chicharra en el cinturón diamagnético de Sid.

—Maldita sea —exclamó Sid.

La chicharra insistió. Era una llamada de Jefatura.

Sid respondió haciendo uso de su transmisor de muñeca.

—¿Qué diablos? —dijo Sid.

—Teniente Rogers —dijo una voz—. Usted y el teniente Constantino deben dirigirse inmediatamente al espaciopuerto. Una nave preparada los aguarda. La Esmeralda Sangrante de la baronesa Callimeris ha sido robada.

—De acuerdo —dijo Sid—. Entendido.

Cortó la comunicación y golpeó con su manecilla de gorrión la espalda semejante a una montaña de su compañero.

—Bueno, muchacho —dijo Sid—. Tenemos que ponernos en marcha.

De mala gana, Lou soltó a su presa.

Effie se restregó el brazo dolorido por el apretón de los dedos de la bestia.

Effie es una secretaria eficientísima, una chica encantadora, una mujer astuta, de enorme sangre fría.

Sonreía todavía, no había dejado de sonreír en ningún momento.

Me cogió por un brazo, se pasó la lengua en redondel por los labios y sonrió a los dos polizontes.

—Hasta la vista, chicos —dijo.

Sopló un beso lánguidamente y los dos nos marchamos.

Yo veía, en los cristales de la puerta del restaurante, la doble mirada ansiosa y furiosa a la vez de Sid Rogers y Lou Constantino.

Me volví, burlón, para saludarlos con una mano. Lou, que nunca fue un caballero, escupió hacia donde yo estaba.

—Volveremos a vernos —dijo.

Los dos estaban de pie. Yo salí, del brazo de Effie, antes que ellos.

En la acera, en el aire sin viento de Central city, a la sombra de un árbol de plástico vinílico, esperé que los muchachos de los

grandes pies salieran también.

Pasaron los dos a nuestro lado como si no nos vieran. En el último momento Lou lanzó su brazo hacia atrás y me alcanzó de pleno en el bajo vientre. Yo me doblé de dolor, pero nada dije. Ya me recobraría. Yo también soy duro, cuando me provocan.

Oí a Lou, su vozarrón furioso, que exclamaba, al tiempo que ambos se alejaban a paso vivo hacia su vehículo.

—¿Qué diablos es eso de la Esmeralda Sangrante? ¿Qué quiere decir eso?

Lou, evidentemente, no lo sabía. Sid, probablemente, sí lo supiera. Sid tenía fama de saberlo todo. Yo, lo confieso, era la primera vez que oía hablar de aquello.

¿Y Effie?

Ella sonreía.

—¿Sabes, cariño? —me dijo—. Esto es una buena oportunidad...

—Una buena oportunidad, ¿para qué? —pregunté yo.

Yo sólo tenía en la mente una idea: cogerla entre mis brazos y llevarla... Bien... Ya imagináis dónde.

Pero Effie era una chica que se caracterizaba por tener siempre los pies sobre la tierra. Era, ya lo he dicho, bellísima, eficiente, astuta y de sangre fría.

No he dicho, aunque tal vez ya lo hayáis adivinado, que era también muy aficionada al vil metal.

—Una mera oportunidad para ganar un chorro de pasta —me dijo.

Yo no sabía a qué se refería. No entendía. La miré de arriba abajo y me relamí.

—Vamos, nena..., dejémonos de historias y...

Había puesto mis manos sobre sus hombros y acercaba a su cara mi morro para besarla. Ella me contuvo con los brazos extendidos. Me miró, casi con desdén.

—Sólo piensas en eso, so bruto.

—¿Hay alguna otra cosa en que valga la pena pensar?

Effie sacudió la cabeza, pesarosa.

—Yo conozco a la sobrina de la baronesa Callimeris —me dijo.

—¿Sí? —pregunté, sin interés, sin entusiasmo—. ¿Y eso? Es que acaso...

—A la baronesa le han robado —dijo Effie—. Lo has oído tan

bien como yo. Eres detective, ¿no?

Confieso que en aquellos momentos lo había olvidado. Me recuperé.

—¿Tú crees...? —dije.

Effie no me dejó terminar.

—Yo conseguiré que tengas una entrevista con la baronesa —dijo.

Era mi secretaria, sí. Le pagaba exactamente cincuenta libras interplanetarias por semana, pero en aquellos instantes me di cuenta que la que mandaba era ella. Me di cuenta, con una especie de horror, de que Effie mandaría sobre mí a lo largo de toda mi vida si yo no hacía algo por impedirlo.

CAPITULO II

Supongo que todos sabéis cómo es una ciudad marciana. Aunque nunca hayáis estado aquí en Marte, habréis visto películas, fotografías tridimensionales, informes audiovisuales.

De todas formas, os diré, por si hay entre vosotros algún iletrado o algún analfabeto absoluto, que Marte, por carecer de atmósfera de oxígeno, es irrespirable para el ser humano.

Por ello, las ciudades marcianas están cubiertas por una cúpula de vinilo electrificado, que permite la entrada de la luz solar, y que a la vez aísla a los habitantes de la ciudad de la mortal atmósfera cihanídrica del planeta rojo.

La baronesa Callimeris, al igual que toda la gente de su clase, no vivía dentro del recinto de la ciudad.

Tenía un rancho, con cúpula propia, a unos veinte kilómetros de Central City.

Hacia allí nos dirigimos, en nuestro pequeño autojet de segunda mano, Effie y yo.

Habían pasado no más de dos horas desde nuestro encuentro, tan poco placentero, con los muchachos de los pies grandes.

Effie, una vez más, había demostrado su eficiencia y su sangre fría.

Había hablado, con el videófono de la oficina, con la casa de la baronesa Callimeris. Su amiga, la sobrina de la baronesa, no se encontraba presente. Un contratiempo de esta clase, podría haber amilanado a otra mujer que no fuera Effie. A ella no le hizo mella.

Pidió hablar con la baronesa, sonrió con su mejor sonrisa al secretario que se encontraba al otro extrema de la línea del videófono, y tres minutos después la baronesa en persona hablaba con ella.

La cita quedó concertada para ese mismo momento.

Mientras volábamos a través de la atmósfera marciana, siempre tan limpia y tan resplandeciente, yo recordaba, con una especie de escalofrío, la voz de la vieja:

—Venga inmediatamente...

Era una voz chillona, aguda, acostumbrada al mal, con un toque de histeria.

¡Y la cara! Dios, qué cara.

He visto caras feas en mi vida. Lou, por ejemplo, no es lo que se dice un Adonis. Pero ella... Aquello superaba las peores pesadillas. Era una gárgola, una horrible visión que padecía proceder directamente de

Hades.

Yo recordaba aquel rostro infernal, más que obsceno en su fealdad, mientras conducía el autojet en dirección al rancho Callimeris.

Effie, a mi lado, sonreía plácidamente.

El mismo secretario paliducho cuya cara yo había visto en el videófono, nos esperaba en el pequeño espaciopuerto del rancho.

Parecía muy nervioso, se restregaba constantemente unas largas manos amarillas y no podía evitar que sus ojos, sobresaltados o asustados, se movieran inquietos de un lado a otro.

Nos saludó a ambos, a Effie y a mí, con rígida cortesía obligatoria.

No miró a Effie siquiera, lo cual es un mal síntoma en cualquier hombre de contextura y apetitos naturales.

Sin embargo, un rato antes, durante la charla por videófono, el paliducho secretario se había mostrado muy interesado por los encantos de Effie.

Algo había ocurrido desde entonces. Algo que lo afectaba directamente a él.

Se llamaba (y os digo, aunque yo no lo supe hasta más tarde) Luther Grott.

—La señora baronesa les aguarda.

Grott hizo un amplio ademán indicándonos el camino hacia la casa.

—Síganme, por favor.

Effie y yo le seguimos.

* * *

La baronesa era aún más fea de lo que parecía en el videófono.

Nos recibió en un gran salón abovedado, de cuyas paredes colgaban antiguos retratos unidimensionales de severos individuos barbados y de gruesas señoras de mirada severa, que yo supuse, sin posibilidad de error, antepasados de la baronesa y de su difunto

marido el barón.

Yo, os lo he dicho, estaba nervioso. No me terminaba de gustar aquello. No sabía por qué, pero no me terminaba de gustar. Había algo oscuro, algo extraño. Algo que yo no sabía entonces discernir, pero que me tenía inquieto.

Para mi sorpresa, para mi agradable sorpresa, la entrevista fue brevísima. Y fructífera.

La baronesa, sin moverse de un sillón que la contenía a duras penas, fue explícita: nos entregó reproducciones fidedignas de la joya robada, nos dio todos los datos de la misma, y firmó bajo mis ojos un talón por ochocientas libras interplanetarias, como anticipo de gastos para la investigación.

Se despidió de nosotros con un gruñido.

Esa noche, Effie y yo salimos a bailar, a comer, a ver el cine tridimensional... y otras cosas.

Amanecía en Marte y yo no había logrado conciliar el sueño. Estaba solo en mi pequeño apartamento de Central City. Estaba tendido en la cama boca arriba, con los ojos bien abiertos, un cigarrillo que fumaba por inercia, la boca seca, un sudor frío en el cuerpo.

Pensaba, pensaba, pensaba. Sí, pensaba, no me servía de nada.

CAPITULO III

Vayamos por partes. ¿Qué sabía yo de la baronesa? Sabía, como todos en Marte lo sabían, que era una mujer inmensamente rica, que era la viuda de un noble de origen mediterráneo, que residía en Marte desde hacía ya un cuarto de siglo.

Sabía que su marido había sido un famoso científico nuclear, que había muerto ciego a causa de una explosión de laboratorio, y al borde de la indigencia.

Conocía, también, los rumores que corrían sobre el origen de la fortuna de la baronesa.

Se decía, sin que hubiera pruebas de ninguna clase, que la baronesa había traficado, con lucro, durante años, con carne de mujer.

Sí, trata interespacial de blancas.

Se decía que la baronesa había dirigido, desde la Tierra primero, luego desde Venus, desde Saturno más tarde y por fin desde el propio Marte, una vasta y compleja organización dedicada a dicho tráfico. Se rumoreaba, en los pasillos de los periódicos, en los despachos de la jefatura de policía, que la baronesa había sido durante años la principal proveedora de pupilas para los burdeles del lejano Plutón, del propio Mercurio, de las ciudades subacuáticas de Venus, de las minas escalofriantes que se hallaban en los satélites del gigante Júpiter.

No había pruebas, os repito.

Sin embargo, no sé por qué, me daba en la nariz que todo aquello era cierto.

Sí, lo sentía. Lo sentía en la sangre. Lo sabía, aunque no podía explicar por qué.

¿Y la Esmeralda Sangrante?

¿Qué era eso?

Poco tardé en averiguarlo.

Yo soy muy simpático, siempre lo he sido. Tengo amigos en todas partes.

Todo lo que tuve que hacer fue ponerme en contacto con Ned Banch, redactor de policiales del *Morning Martian Chronicle.*

Ned es un buen hombre, aunque anticuado.

Podría ser mi padre, pues ya ha cumplido los sesenta.

Es un hombre grueso, achaparrado, sin un solo pelo en el cráneo.

Fuma unos cigarrillos largos, torcidos, que se hace traer desde las plantaciones de Titán.

No bebe, no juega dinero en las cartas ni a los galgos marcianos.

Es soltero, puritano, militante activo de la iglesia epicospaliana del sistema solar.

Sin embargo, a pesar de todo, a pesar de que los cigarrillos que les he dicho apestan, es un buen hombre y le quiero.

El me aprecia a mí también.

Ned, que lleva en Marte tal vez cuarenta años, lo sabe todo y de todos.

Por eso recurrí a él.

No me interesaba lo que decían los periódicos, el *Morning Martian* incluido, sobre el robo de la joya.

Sabía que en las noticias, en Marte igual que en la Tierra o en cualquier otro lugar donde habite el *homo sapiens*, estaban, por lo menos, adulteradas. Por no decir que eran falsas.

Es inevitable que ello ocurra, cuando están de por medio los intereses de los poderosos.

Yo quería la verdad, la que se dice a los amigos, no la que se publica para que lean los tontos.

Ned y yo nos encontramos en su despacho del *Morning Martian.*

Un despacho pequeño, de techo bajo, con olor a repollo y sudor.

Ned, aunque abstemio, tiene siempre bebidas para los invitados. Deslizó por encima de la mesa un vaso hacia mí y un botellín de vino de Júpiter.

No es que el vino de Júpiter me fascine, lo encuentro ácido. Pero, se decía en otros tiempos, «a falta de pan...».

—¿Qué te trae por aquí, muchacho? —me preguntó, jovialmente, Ned Banch.

—La Esmeralda Sangrante —le dije.

Ned, de la sorpresa, casi se traga el cigarrillo.

Tosió, masculló, escupió hebras de tabaco.

—¿Qué..., qué tienes tú que ver con eso?

—La baronesa Callimeris —le dije— me ha contratado para que lo busque, para que le devuelva la joya robada.

Ned se restregó los ojos, como si viera visiones.

—¿A ti?

—A mí —dije, orgulloso.

Estaba echándome un farol, no me sentía orgulloso ni seguro de mí mismo. Había pasado, os lo he dicho, la noche entera, sin hallar respuesta a tantas preguntas que tenía yo en la mente. Preguntas que ni siquiera sabía formularme. Había pensado, sí. Y seguía pensando.

¿Qué es lo que pensaba?

Ni yo mismo lo sabía, pero pensaba. Os lo aseguro.

Estaba asustado. Eso sí que lo sabía. Sentía mi pro— pio miedo. Estoy acostumbrado a conocerme. Sé cuando mis glándulas segregan adrenalina.

Pero no quería que nadie se diera cuenta. No me gusta quedar como un tonto. Si Ned me hubiera preguntado a qué se debía mi miedo, por qué estaba yo tan alarmado, ¿qué le hubiera contestado? ¿Estaba asustado sin saber por qué? No, no.

Por eso, con esfuerzo, conseguí mantener una sonrisa orgullosa y desafiante.

—Tienes que ayudarme, Ned —le dije—. Tengo ochocientas libras aquí... en el bolsillo... —me palpé ostentosamente el bolsillo superior del traje—. Cien serán para ti si me dices la verdad —dije.

He dicho que Ned y yo somos amigos, que podría ser mi padre, que me quiere. Pero nunca está de más aceptar las amistades, los amores, las simpatías, todo aquello que se vincule al sentimiento, con un buen lubricante numerario.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Ned.

—La verdad, ya te lo he dicho.

Se pasó una mano por la cara, haciendo sonar la barba de varios días.

Era un hombre muy desprolijo.

Se pasó luego la mano por la cabeza pelada.

Se rascó detrás de una oreja.

Gruñó, tosió, masculló algo en voz baja.

Se puso de pie.

—Vamos —dijo.

Se dirigió a la puerta y la abrió.

Esperó que yo pasara y luego la cerró.

Me guio por un largo pasillo hacia la escalera.

La escalera se hundía hacia la penumbra de los sótanos del

edificio. Había luz al pie de la misma. Parecía estar a mil metros de distancia.

—Venga —dijo Ned—. De prisa.

Bajamos los dos. Ned iba delante. Yo sentía una extraña sensación de inquietud. Más viva aún que antes. No sabía atribuirla a nada concreto.

Ya en el sótano, Ned me increpó duramente.

—Eres un necio, un estúpido —me dijo.

—¿Por qué? —pregunté yo, ofendido, sin saber de qué se trataba, a qué venía aquello.

—Hay micrófonos en todos los despachos —dijo Ned.

Entonces comprendí.

En menos de media hora, Ned me explicó todo lo que yo quería saber. Le di sus cien libras y él me hizo salir por una puerta que daba a una calleja oscura.

Repté por la calleja, cautelosamente. Al llegar a la esquina observé hacia la puerta principal del diario. Había un autojet estacionado allí. Lo reconocí. Pertenecía a la policía. Había alguien en su interior.

Oculto, en la esquina, aguardé. Pasaron los instantes. Luego, un hombre surgió desde la puerta del periódico. Un hombre gigantesco. Lou Constantino. Arrastraba a otro hombre tras de sí. La luz de una farola de neón me reveló quién era, al brillarle en la calva cabezota. Era Ned Banch.

Me enfurecí. Saqué mi pistola de rayos láser y apunté al motor radiante del coche. Esperé que el coche se acercara, lentamente hacia la esquina en que yo me ocultaba. Cuando estuvo a unos veinte metros apreté el gatillo.

El coche, que volaba a medio metro de altura más o menos, se detuvo como si hubiera golpeado contra una pared invisible. Repentinamente cayó al suelo con un ruido seco, pesado.

Yo corrí hacia la portezuela que estaba de mi lado, la abrí de un tirón, arranqué a Ned Banch del interior del coche, y volví a cerrar.

No debí hacer aquello.

Fue inútil, porque Ned Banch estaba muerto. Sí, muerto.

¿Miedo? Sí, miedo.

Era un hombre débil, Ned. Era un hombre pacífico. Al verse en las garras de aquellos dos criminales, su corazón había estallado.

* * *

¿Cómo conseguí huir? No me lo preguntéis, pues ni yo mismo lo sé.

Recuerdo borrosamente que corrí, todo lo que daban mis piernas. Recuerdo que me interné por callejuelas, que me metí en los túneles abovedados que conducían a los grandes motores atómicos que producían la energía vital de la ciudad.

Amaneció. Uno de esos amaneceres rojizos, melancólicos, tristísimos, de Marte.

El amanecer me descubrió acurrucado bajo un puente de la zona prohibida de la ciudad, allí donde se encuentran los grandes turborreactores.

No sé cómo pude entrar allí. No lo sabía entonces. No me interesaba saberlo, no gasté un segundo siquiera en pensarlo. Había otra pregunta más acuciante: ¿cómo salir de allí? Cómo salir, en primer lugar, de la zona prohibida. Y luego de la ciudad. Sabía que toda la policía estaría a esas horas detrás de mis pasos.

Para mayor desgracia, en algún punto del camino, yo había perdido mi pistola láser.

¿Qué hacer?

Aunque parezca mentira, aunque ninguno de vosotros se lo crea, lo cierto es que dormí. Sí, dormí. Cuando me desperté, el pequeño sol rojo que se ve desde

Marte, estaba ya alto en el cielo.

Yo tenía un hambre de mil demonios.

* * *

No es posible que entre vosotros haya alguien que no sepa lo que es la zona prohibida de una ciudad marciana.

Lo explicaré, por las dudas.

En Marte, como nunca hubo vida, no existe el petróleo. No hay gas, ni gasolina.

Los vientos, en Marte, aunque a veces son muy fuertes, son escasos, impredecibles. Es imposible contactar con ellos para crear cualquier forma de energía.

Por este motivo, la única energía posible que existe en Marte es la solar, y la termonuclear.

Las pequeñas ciudades marcianas funcionan gracias a la energía solar. A causa de la negra atmósfera de Marte la obtención de esta energía es relativamente sencilla.

Sin embargo, a causa de la gran distancia que existe entre Marte y el Sol la energía solar es insuficiente para cubrir las necesidades de una gran ciudad como es Central City. Por ese motivo, en Central City, al igual que en otras dos o tres ciudades marcianas, la única energía existente es de origen nuclear.

La zona prohibida de Central City es aquella en la que se encuentran los grandes reactores, las grandes computadoras, el sistema de distribución, las cadenas de enlace y los centros de control de la energía.

El acceso a dicha zona está rigurosamente prohibido para nadie que no tenga un pase especial. La permanencia en dicha zona no puede exceder, en ningún caso, las veinticuatro horas. Yo llevaba, cuando desperté, al mediodía, cerca de quince horas allí dentro.

Tenía que salir.

¿Cómo hacerlo?

No podía dirigirme simplemente a una de las salidas automáticas y apretar un botón. Todas estaban vigiladas.

Sin embargo, había entrado allí. Y del mismo modo que había entrado tendría que salir.

Salí de debajo del puente, me dirigí hacia un túnel abovedado y me puse a pensar.

Pensé, pensé, pensé. Sí, pensé.

Y de nada me sirvió.

No conseguía recordar cómo había entrado. Había saltado acaso alguna verja. No, no, no.

¿Cómo lo había hecho?

Al adentrarme por el túnel tuve una extraña sensación. Había estado antes allí. Sí, sí, sí.

Era por allí por donde había entrado a la zona prohibida.

Seguí avanzando, sigilosamente, cada vez más asustado.

Y de golpe, en un recodo, encontré la explicación. Había dos hombres muertos allí. Asesinados. Mostraban ambos, en el pecho, la señal inequívoca de haber sido alcanzados por una pistola láser.

¿La mía?

El pensamiento me produjo escalofrío.

Sería posible que yo fuera un asesino.

Todo parecía indicarlo. Me aproximé. Vi junto con los cuerpos el arma homicida. No necesité cogerla siquiera para reconocerla: era la mía.

Sobreponiéndome a mi asco, me agaché y cogí el arma. Me la guardé en la cintura.

Seguí avanzando por el desolado túnel hasta llegar a su límite. No había nadie que vigilara la puerta de acceso. Emergí otra vez a la luz del sol.

Eran, más o menos las tres de la tarde (hora marciana).

¿Qué podía hacer yo ahora? Así, a plena luz... Decidí ponerme en contacto con mi oficina. Tal vez Effie pudiera ayudarme.

Entré en una taberna marciana, uno de esos locales (no sé si los conoceréis) de techos muy bajos, con las paredes pintadas de todos los colores, como sueños apocalípticos, como un delirio de psicodelia.

Me dirigí, sin pensarlo, sin vacilar, a los lavabos. Me refresqué, con agua. Me miré en un espejo y a duras penas me reconocí.

La jornada vivida, el intenso terror sufrido, el hambre que sentía, la mugre que tenía encima, habían hecho de mí un hombre distinto.

No, no era el chico guapo que enloquecía a las mujeres.

No, qué va.

Me parecía sólo vagamente al Jack Duval que yo conocía.

Recuerdo que estuve un rato hablando solo ante el espejo. Hablándole, mejor dicho, al espejo. A mi cara del espejo.

Me recompuse, con esfuerzo, y volví al local. Llevaba encima setecientas libras. Saqué cuidadosamente un par de billetes de cinco libras, los puse en el mostrador y pedí de comer.

La colación no me llevó más de diez minutos. Me recompuso. Pedí por el teléfono y el encargado me señaló con un dedo rechoncho, un extremo del local. Hacia allí me dirigí.

Sabía, sin ningún género de dudas, que la línea del teléfono al igual que el videófono, de mi oficina, estaría intervenida. Pero no me quedaba alternativa.

Siempre he sido un buen imitador de voces.

Tengo esa cualidad.

Aflautando mi voz hasta convertirla en la de una damisela o chiquilla pregunté:

—¿Hablo con la oficina del señor Jack Duval?

La voz de Effie, eficiente, me respondió:

—En efecto. Buenos días. ¿Qué desea?

—Soy la señora Amanda —dije.

Esperaba que Effie comprendiera. Supe, por el silencio que siguió a mis palabras, que Effie lo había comprendido. Una chica lista, sin duda.

La señora Amanda (más vale que os lo aclare) era la secretaria que yo había tenido. Y había muerto hacía un par de años.

—¡Oh, señora Amanda...! —exclamó Effie al otro lado del teléfono.

Hubo un nuevo silencio, de algunos segundos.

—¿En qué puedo servirla, señora? —preguntó Effie.

—Quisiera hablar con el joven Jack —dije con mi voz más aflautada.

Me ardían las cuerdas vocales. Sabía que no podía seguir por mucho tiempo más con la estratagema. Esperaba que Effie hubiera comprendido otra vez. Que me dijera lo que yo quería saber.

—El señor Duval no está —dijo Effie—. Y no creo que vuelva en mucho tiempo. La policía lo busca... por asesinato. Al parecer, ha matado a un hombre llamado Ned Banch.

El resuello se me cortó a medio camino garganta abajo. Sentí que mi vista se turbaba. Malditos canallas. Me cargaban aquel crimen que yo no había cometido. La muerte de un amigo. Un hombre a quien yo siempre había querido.

Por fin, Effie me dijo lo que yo estaba esperando escuchar:

—Dele saludos al tío Tomás.

Colgué. Me sequé con un pañuelo las manos sudorosas. Sonreí. ¡El tío Thomas!

De nuevo me veo en la obligación de explicaros: el tío Thomas era un tío carnal de Effie. Vivía en Central City. En un pequeño departamento de la zona alta de la ciudad.

Tenía que llegar al apartamento del tío Thomas como fuera. Recapacité, hice una recomposición de lugar. Para mi desgracia, el apartamento del tío Thomas estaba al otro lado de la ciudad. Exactamente en el otro extremo..

¿Cómo haría yo para llegar?

* * *

Decidí esperar que anocheciera. Quedaban unas tres o cuatro horas. Mientras tanto tenía que permanecer escondido. Como fuera. Donde fuera.

La zona donde me encontraba, era trabajada por numerosas chicas de la calle. Honestas trabajadoras del amor.

Me dirigí, de la forma más casual posible, a una de ellas. No era la más bonita, ni la más joven. La que estaba más cerca simplemente.

Tras una rápida transacción, a lo largo de la cual un billete de cien libras pasó de mis manos a las de la mujer, nos dirigimos ambos, cogidos del brazo, a un elevador público.

La joven (hagámosle la concesión) vivía en el subsuelo de la ciudad. Su carrera callejera, al parecer, no era muy próspera. Motivos había.

O mejor dicho un motivo: ella. Su cara, su cuerpo, su gran boca ordinaria, su risa que salpicaba saliva a dos metros a la redonda.

La pieza a la que Lia (así dijo llamarse) me condujo, era pequeña, oscura y olía mal.

Era ese olor que siempre arrastra tras de sí el ser humano, ese olor que se encontrará siempre, allí donde el ser humano se haya instalado, donde haya formado pareja, familia, clan, pueblo, ciudad. Un olor indefinible e inconfundible: el olor de la miseria.

—Mira, preciosa… —dije.

Lia, tal vez porque sabía o presentía que le quedaban pocos años para ejercer la profesión, era de las que no gustaban perder tiempo. Ya había empezado a quitarse la ropa.

Me miró.

—¿Qué?

—Preferiría —dije— que no te quitaras la ropa.

—¿Así que eres de esos raros…? —exclamó, divertida.

Se había desabrochado un par de botones del estrecho vestido que llevaba. Suspendió la tarea.

—¿Qué es lo que prefieres?

—Hablar —dije.

Lia enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Hablar? —preguntó—. Ya me parecía a mí, ya.

Se alejó dos pasos para observarme.

—Un muchacho tan guapo como tú, viniendo a estos lugares... algo muy raro tenía que haber.

—Mira, Lia —dije—. Es que yo... ¿Sabes? A mí las mujeres...

—Vaya desperdicio —exclamó ella.

Se sentó en el borde de la cama. Se sostuvo la cara con las manos en copa.

—¿De qué quieres que hablemos? —preguntó.

—Habla tú —dije—. De lo que quieras. Te escucharé. Cuéntame tu vida si te parece.

Lia empezó a hablar. Se veía que le gustaba. Tal vez estaba cansada de lo otro. Tal vez de esa forma, podía dar un reposo a su cuerpo trajinado. Habló, habló, habló. ¿De qué? No lo sé. No la escuché. No escuché ni una palabra. Mientras ella hablaba, hablaba, hablaba, yo pensaba, pensaba y pensaba.

Pensaba, sobre todo, en lo que Ned Banch me había contado.

* * *

He aquí brevemente lo que Ned Banch me dijo:

La Esmeralda Sangrante, como se la conocía, era una piedra de origen volcánico procedente de Urano. Pesaba exactamente mil ciento trece gramos, contenidos en un volumen de apenas un centímetro cuadrado. Una piedra única en el mundo, una piedra por la que mucha gente ya había muerto.

Se la conocía como la Esmeralda Sangrante porque literalmente sangraba. Bastaba, me dijo Ned Banch, cerrarla en un puño durante un par de minutos para que la piedra aquella, mágica y diabólica empezara a gotear sangre.

No era sangre, claro. No era sangre humana, ni de ningún animal que conozcamos.

Era una sustancia rojiza, muy espesa, inodora e insípida. La piedra la desprendía, la goteaba como lágrimas, con el calor.

Lo más curioso de todo, es que la piedra, luego de sangrar o llorar, no perdía ni un gramo de su masa. Conservaba exactamente el mismo peso que tenía cuando se la descubrió.

¿A qué se debía este misterio? Jamás se aclaró.

Había numerosas teorías, todas ellas imposibles de probar.

Existían otras esmeraldas obtenidas de los volcanes de Saturno. Algunas de ellas sangraban también. Pero sólo un líquido incoloro, transparente, como el agua. Y eran todas mucho más pequeñas que la gran esmeralda sangrante, ninguna excedía el tamaño de un guisante.

Otra característica que destacaba a la piedra en cuestión era su enorme peso espacial.

La Esmeralda Sangrante, de todos los objetos materiales que se conocían en el sistema solar, era el que contenía una mayor cantidad de masa en relación a su volumen.

Además, y primordial, por lo menos en lo que se refiere a su valor como joya, era hermosísima.

Existía desde hacía ya doscientos treinta años. Había pasado por diversas manos. Había dejado tras ella un reguero de tragedias.

La baronesa Callimeris poseía la joya desde hacía una veintena de años. Nunca nadie la había visto con ella. Más que saberse, a fe cierta, que la poseía, se sospechaba simplemente.

¿Cómo la había obtenido? ¿Lo había comprado? ¿Lo había, acaso, robado?

Por el momento nadie lo sabía.

En aquello pensé, repensé y volví a pensar y repensar. Mientras tanto, frente a mí, sentada en el borde del lecho, Lia hablaba y hablaba.

Yo llevaba encima, escondidas en una bota, las dos reproducciones exactas de vinilo, de la famosa joya, que la baronesa me había entregado. Me saqué las botas, ante los ojos perplejos de Lia, que quizá pensaba que yo había cambiado de idea, y extraje del interior de una de ellas las dos piedras falsas.

Las observé. Yo sabía que ninguna de aquellas piedras valía más de cincuenta o sesenta libras. Pero de todas formas eran hermosas. Las sostuve en la palma de la mano acercándolas a la luz para que destellaran. Los ojos de Lia destellaban también, de avidez.

—¿Te gustan?

Lia asintió profusamente.

Yo dejé caer en su mano las dos piedras.

—Te las regalo —dije.

Me puse de pie. Lia se puso de pie también. La besé en la frente me dirigí a la puerta y salí.

Anduve un trecho, por un pasadizo húmedo y en penumbras, camino del elevador. Iba sumido en mis ideas.

Me detuve, no por desconfianza o recelo, sino simplemente para ordenar en mi cerebro aquel caos en que estaba sumido. ¿Qué podía hacer ahora? ¿Dónde ir? ¿Podría seguir buscando la Esmeralda Sangrante o, mejor dicho, podría empezar a buscarla alguna vez?.

Lo dudaba.

Mi vida, en aquel momento, no valía nada.

Es decir, no valía nada para nadie menos para mí. Para mí, mi vida siempre fue muy valiosa. Y quería que lo siguiera siendo.

Antes que nada, que cualquier joya que hubiera en el Universo, estaba yo.

Primero tenía que pensar en ponerme a salvo. Después en recuperar la joya.

Pensar, digo, en aquello y por eso me detuve al llegar a un recodo.

Vi, alargadas, dos sombras casi gemelas. Dos hombres. Se destacaban, a un lado, del canuto de la pistolera larga.

Eran policías.

Me aplasté a la pared.

Los dos hombres, fornidos, uniformados, pasaron de largo por el túnel a escasos centímetros de donde yo estaba.

Oí a uno de ellos decir:

—El Tigre Ferrigno es persona se ha puesto al frente de la búsqueda. Ese maldito canalla no tardará en caer.

Yo sudaba.

El Tigre Ferrigno en persona. Difícil situación.

Me apresuré hacia el elevador y regresé a la superficie. Ya había oscurecido.

A pie, horas, por callejas oscuras, por túneles, por pasadizos abovedados, anduve.

Finalmente, llegué a mi destino. El apartamento del tío Thomas.

Vi luz en la ventana. El apartamento quedaba en un tercer piso. Me acerqué al edificio, cautelosamente, temiendo una emboscada.

En el oscuro portal, se perfilaba una silueta. Yo estuve tentado de girar sobre mis talones y emprender la huida. Me mantuve unos

instantes indecisos. La silueta se apartó de la sombra maciza del portal y avanzó hacia mí. La reconocía y sentí el alivio como una oleada de calor que me subía desde las rodillas por la pelvis hasta el pecho. Era Effie.

—¡Querido...!

Effie corrió hacia mí con los brazos extendidos y se aplastó contra mi pecho. Nos besamos en la boca. Sus labios, tibios y húmedos, estaban trémulos.

—Temía que te hubieran cogido... Temía que estuvieras muerto... —sollozó Effie.

—Tranquilízate —dije—. Ya ves que estoy aquí, contigo.

—¿Es verdad lo que dicen?

—¿A qué te refieres?

—¿Has matado a Ned Banch?

—No. ¿Cómo puedes pensar eso?

Effie sonrió.

—Ven —dijo, cogiéndome de la mano—. Ven, deprisa.

La seguí. No se dirigió hacia el portal, sino que empezó a andar, y yo detrás por la acera, estrecha, de vinilo opaco, hasta la esquina.

A la vuelta de la esquina, a unos pocos metros, había un subjet.

Sí, un subjet.

¡Era nuestra salvación!

Effie tenía el rostro resplandeciente. Yo la observé.

Le pregunté:

—¿Cómo has conseguido esto?

—Luego te lo explicaré —dijo ella—. No tenemos tiempo que perder.

Nos metimos los dos en el subjet. Yo, frente a los controles. Hacía años que no manejaba un aparato de aquellos, pero sabía que podría manejar aquél.

Se trataba de un modelo nuevo, reciente. Era un gran vehículo. Una maravilla de la mecánica cuántica.

Pulsé el starter y sentí el suave ronroneo de los motores subetéricos. Maniobré para colocar el aparato en posición vertical y me lancé como una flecha dorada hacia lo alto.

Nos encontrábamos en uno de los extremos, es decir, en la periferia de la ciudad. En esa zona, la cúpula no estaba más allá de los tres mil metros de altura. Tenía exactamente, a la velocidad que

llevaba, tres segundos para dar el salto al hiperespacio.

—Afírmate bien —exclamé.

No pude decir nada más. Aferré con ambas manos el polarizador y lo llevé hacia atrás, hasta el fondo.

Fue como un resplandor.

Una millonésima de segundo después, estábamos del otro lado del sol, dentro de la órbita de Marte, pero alejados del planeta exactamente por todo el diámetro de dicha órbita.

Effie, sin poder resistir su entusiasmo, aplaudió.

Yo descansé sobre el volante, jadeando, cansado, feliz.

Sin embargo, sabía que se trataba de una felicidad momentánea. Era tan sólo un respiro.

Yo era, en aquellos instantes, un asesino. Un criminal prófugo de la justicia. Tenía que salir como fuera de aquel atolladero.

Solo, por mis propios medios, no lo hubiera conseguido. Soy un hombre de moral débil. Pero con Effie a mi lado, ayudándome y amándome, nada podría detenerme.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté.

Effie sonrió.

—Descansar... —dijo con voz lánguida y seductora.

Había un mecanismo en la nave, que yo no conocía, que permitía transformar los dos asientos de respaldo vertical en un cómodo lecho de dos plazas.

Effie, al parecer, conocía perfectamente aquel mecanismo. Y, sin previo aviso, lo accionó.

Yo, descansaba pesadamente sobre mi espalda. Al caer el respaldo hacia atrás, caí yo también. Effie soltó una brusca carcajada, al borde de la histeria, se volvió, se echó a reír y me besó en la boca.

Corramos, amable lector, un pudoroso telón.

* * *

Descorramos, caro lector, el pudoroso telón en el momento en que yo enciendo un plácido cigarrillo.

Estaba yo echado boca arriba en aquel lecho improvisado. Tenía un brazo doblado bajo la nuca. Por la cúpula de cristal que cubría la mitad delantera del techo de la nave se divisaba el anchuroso, el

infinito espacio.

La nave, y nosotros dentro de ella, libres de la gravedad de todo cuerpo celeste, flotábamos a la deriva.

Effie, sentada a mi lado, me observaba en silencio.

—¿Cómo conocías este mecanismo? —pregunté.

—¿A qué mecanismo te refieres?

—A este que permite convertir los asientos en un lecho. Parece como si ya los hubieras usado antes...

—¿Celoso, mi pichón?

Era cierto, sí. Era cierto. Yo estaba celoso. Por primera vez en mi vida sentía la aguja inficionada de los celos.

—No —mentí—. Nada de eso. Sólo quería saber.

—No me engañes —dijo Effie.

—Está bien, como tú digas —respondí.

Effie se había puesto seria. Me miraba directa a los ojos.

—Habíamos llegado a un acuerdo...

Yo asentí, sin ganas. Asentí, porque no tenía otro remedio.

Era verdad. Habíamos llegado a un acuerdo. Hacía dos años de aquello. Dos años Ya...

CAPITULO IV

Dos años ya del día en que Effie entró a trabajar en mi oficina.

Lo recuerdo todavía y han pasado otros dos años como si fuera ayer.

Dos años entonces, cuatro años ahora, desde que Effie había entrado a formar parte de mi vida.

La recuerdo, aquella tarde, con las ceñidas faldas de lamé y la blusa con su profundo escote en V.

Recuerdo su cara pecosa asomando por la rendija de la puerta. Su pelo rubio, cortado muy corto, como si fuera un muchachito.

Recuerdo su sonrisa, entre tímida y burlona, el movimiento de sus caderas al acercarse hacia mí.

—¿Es aquí donde se busca una secretaria?

Yo estaba detrás de mi escritorio, con los pies sobre el mismo. Tenía en la mano una botella de whisky terrestre. La había obtenido como recompensa en un caso reciente. Un lío de adulterio. Siempre me gustó el whisky terrestre, sobre todo el japonés. Aquél no era japonés sino escocés, pero a mí igual me daba. Hacía años que no probaba aquel whisky. En Marte, todos los artículos de los provenientes de la Tierra son carísimos, casi imposibles de comprar para un hombre de escasos recursos como siempre he sido yo.

En Marte, lo que se bebe, es el inmundo aguardiente de las destilerías clandestinas que funcionan a base de ozono.

Una bebida que vuelve loca a la gente.

Yo estaba aquella tarde feliz con mi whisky, perezoso, pensando en tomarme algunas vacaciones.

No era, confieso, que hubiera tenido mucho trabajo en aquel entonces. Nunca tenía mucho trabajo.

Lo que ocurría, simplemente, era que había solucionado felizmente un caso arduo, y quería darme una recompensa.

Fluctuaba, mi mente, entre hacer un crucero a Mercurio, o pasar algunos días en alguna de las lunas de Saturno. Los paisajes, en Saturno, son maravillosos. Las tabernas de la cara oscura de Mercurio son las mejores tabernas del mundo conocido. Sin excluir siquiera las de la Tierra.

Tabernas liberales, atendidas por muchachas...

Creo que mi mente se iba decantando hacia el lado de Mercurio.

Aquella aparición, como salida del mismísimo paraíso me hizo olvidar todos mis planes.

Saqué los pies de encima del escritorio y me puse de pie.

Mi estatura, evidentemente, impresionó a la muchacha. Me miró, admirada, y soltó un suave silbido.

—Sí —dije, algo incómodo—. Es aquí, efectivamente, donde se necesita una secretaria.

—Pues ya no se necesita —dijo ella, decidida—. El puesto es mío.

—Aún no hemos hablado del salario, señorita —dije—. Ni de las demás condiciones...

—No hace falta —dijo ella—. No, no hace falta ninguna. Soy una perfecta taquimecanógrafa. Conozco todos los dialectos del sistema solar. Manejo a la perfección todo tipo de computadoras. Trabajé dos años para Smithsom and Company, en Venus. ¿Le basta?

Yo asentí con la cabeza. La observé desde los dedos de los pies hasta el pelo cortado tan corto. Me gustaba. A cada instante que pasaba más me gustaba aquella muchacha.

—Contratada —dije.

Tendí la mano. Su manita, delicada y frágil se perdió entre mis dedos.

Aquella noche, recuerdo, cenamos juntos. Yo bebí con cierta exageración y hablé más de lo que hablo comúnmente.

Hablé de mí, conté mi vida. Ella, Effie, perfecta secretaria, me escuchó atentamente. Consoló mis pesares, económicos, morales.

Yo sentí, ya desde el primer día, que aquella bellísima muchacha iba a resultar un importante paliativo para mi soledad.

A mí, y no es vanidad, nunca me faltaron las mujeres.

Por otro lado, debo deciros, nunca he sido mujeriego. No, os lo digo de veras. Aventurillas esporádicas, claro. El cuerpo lo exige. Y más un cuerpo como el mío, de doscientas veinte libras. O sea, ciento diez kilos.

Effie, nunca fue para mí una aventurilla. Fue, digamos, multitud de aventurillas.

Fuimos amantes, casi desde el principio.

Tres, quizás cuatro días, después que ella entrara en mi oficina pasamos juntos una noche deliciosa.

Fue entonces, recuerdo, entre dos sábanas, cuando hicimos el

pacto de acuerdo.

—Me gustas mucho, jefe —dijo Effie—. Me gustas pero que muchísimo. Sin embargo, te voy a pedir una cosa.

—Tú dirás.

—Soy una mujer libre, ¿sabes? Nunca he podido tolerar que ningún hombre me considere como si fuera su propiedad particular. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Mi vida es mía, tesoro —dijo ella—. Y tu vida es tuya. Nada de escenas, de preguntas, de celos. De acuerdo.

Yo afirmé con la cabeza.

—De acuerdo.

Aquel convenio me satisfacía a mí también.

Yo, igual que ella, siempre me he considerado libre. Nunca, hasta entonces, me había podido retener mujer alguna.

Sí, un convenio muy satisfactorio. Lo fue, a lo largo de dos años.

Yo sé, perfectamente, que en esos dos años Effie tuvo otros amoríos. Yo los tuve por mi parte. Nunca hubo problemas por aquello.

Creo, incluso, que de no haberme liado aquella providencial llamada desde la jefatura, en el restaurante Mickey, Effie y Lou hubieran pasado una noche, aquella noche, juntos.

Y a mí, la verdad, no me hubiera molestado demasiado.

Me había molestado eso sí, la actitud de Lou. Su prepotencia.

Lo recordaba entonces, tumbado en la nave que flotaba en el espacio. Recordaba la cara tosca, cruel, y sardónica de Lou y juraba que algún día me vengaría. Me vengaría de las injurias que había vertido sobre mí, de su despectiva forma de actuar. Y vengaría también a mi amigo Ned Banch, muerto. Asesinado.

—¿En qué piensas? —preguntó Effie.

—No en ti —dije.

—¿Sigues molesto?

Sacudí la cabeza negativamente.

—Cuando hago un pacto —dije— lo cumplo. No te haré preguntas.

—¿Sabes de quién es este subjet?

Effie sonreía. Sabía que yo lo ignoraba. ¿Cómo iba a saberlo?

—No te pediré que me lo digas —exclamé.

—Te lo diré —dijo ella—. Es del Tigre Ferrigno.

—¿Cómo?

Me levanté como impulsado por un resorte. Aquello escapaba a mi comprensión.

—Sí, querido. Es la nave personal, particular del Tigre. La nave más veloz del sistema solar. No hay otra nave como ésta.

—No lo dudo. ¿Cómo la has conseguido?

—La he conseguido del modo que las mujeres conseguimos muchas cosas.

Effie acercó a mí su cara, me echó en la piel su tibio y perfumado aliento. Me besó en la punta de la nariz.

—¿Quieres saber lo demás? ¿Quieres saberlo con detalles?

Nos observamos.

—Hace tres meses, que salgo con el Tigre… —dijo Effie.

—Pudiste decírmelo antes.

—Oh, no —exclamó ella—. Eso no entraba en el pacto. Si ahora te lo digo, es por motivos de fuerza mayor. Porque las circunstancias mandan, porque está en peligro tu vida… Y también la mía.

—¿La tuya? —pregunté.

—Claro —dijo ella—. Para conseguir este juguete tuve que golpear al Tigre en la cabeza. Lo dejé amarrado en su pisito de soltero. Atado a la pata de una cama.

Yo estallé en carcajadas.

El Tigre Ferrigno atado a la pata de una cama. Eso sí que era bueno.

El Tigre, el todopoderoso director de la división especial de la policía de Marte. Hubiera pagado por verlo.

—Y desnudito —dijo Effie, con una risita.

—Eres…, eres increíble —le dije.

La miraba a los ojos.

—¿Sabes que te has jugado la vida?

Ella asintió, sin dejar de sonreír.

—¿Lo has hecho por mí?

—Te quiero, Jack. Creo que siempre te he querido…

—Si salimos de ésta, nena… Nunca más nos separaremos. Y dejaremos el pacto sin efecto. No permitiré, que ningún hombre, de hoy en adelante, te ponga las manos encima.

—Estaba deseando que dijeras eso…

CAPITULO V

Llegamos a la órbita de los asteroides después de catorce horas de vuelo sin novedad.

Escondimos la nave en un asteroide de pequeñas dimensiones, y utilizando proyectores individuales de cristales de sodio nos trasladamos hasta Omicrón, un gran asteroide irregular, de órbita elongada, que también es conocido con la Cueva de los Contrabandistas.

En efecto, en Omicrón, se realizan las transacciones ilegales del más variado tipo.

Allí no impera la ley. No existe la policía.

Es un oasis de anarquía dentro de este sistema reglamentado y compartimentado.

¿Por qué nos dirigimos Effie y yo a Omicrón? Supongo que querréis saberlo.

Lo cierto es que yo tenía un plan.

Bueno, si es que puede llamársele un plan.

Era, a fin de cuentas, lo único que yo podía hacer.

En Omicrón siempre se sabía todo lo que ocurría en el hampa interplanetaria. Si alguien había tratado de vender ilegalmente la famosa piedra saturnina conocida como Esmeralda Sangrante, en Omicrón se sabría.

Yo tenía amigos en Omicrón. Gente de mal vivir, claro.

No hay que pensar mal de esa gente. A veces tienen sus reglas de honor, y las respetan, para mí es suficiente. Por lo menos era suficiente en aquellos momentos.

Yo no buscaba, en Omicrón, a cualquiera de mis conocidos de los bajos fondos interplanetarios.

Buscaba a uno en especial. Un hombre que me debía algunos favores. Un estafador, un vividor, un tahúr, un tramposo, un proxeneta interestelar al que llamaban Twist Banjo.

Afortunadamente, lo encontré.

Lo encontré, cómo no, en un garito, flanqueado por dos bellísimas mujeres.

Tenía una pila de fichas de mucho valor frente a sí. Estaba ganando, sin duda con trampas, y estaba contento. Me obsequió con una brillante sonrisa esmaltada.

—Jackie —exclamó—. ¿Qué haces por estos andurriales? No es un sitio para ti, muchacho. No, ya lo creo que no. Puedes coger malos hábitos. Aquí todos somos malas compañías.

Nos abrazamos efusivamente.

A mi oído, Twist susurró:

—He oído que te buscan por asesinato... ¿Es verdad?

—Sí... —susurré yo a mi vez.

Twist Banjo se las arregló para llevarme aparte. En voz muy baja me dijo:

—No diremos tu apellido verdadero. Esto está lleno de soplones... Gente que sería capaz de entregar a su madre, con pruebas falsas, a cambio de una recompensa.

Me miraba, con un brillo de verdadera amistad en los ojos.

—Necesitas ayuda, ¿verdad? Y has venido hasta aquí, a Omicrón, para que papá Twist Banjo te la brinde... ¿Me equivoco?

—No te equivocas.

—Veremos qué se puede hacer.

Twist me cogió del brazo y regresamos a la mesa de juego.

—Deja que antes termine esta partida —dijo Twist Banjo, hablando con un lado de la boca—. Me juego mucho en ella.

—Al parecer vas ganando —le dije.

—Sí, por el momento...

Twist Banjo señaló a un hombre gordo que había sentado al otro lado de la mesa.

—¿Lo conoces? —me preguntó—. Es nada menos que Willie Manteca de Cacao.

Yo observé al hombre. Unos ojitos porcinos que me observaron a su vez, como si me taladraran.

—El cerdo inmundo —dijo Twist Banjo y sin bajar la voz, como si no le importara que todos lo escucharan—. El cerdo ese, digo, quiere llevarse mis dos mejores chicas. Ahí las tienes, Jackie. Las he apostado, a las dos, contra medio millón de libras, a una carta tapada.

Las dos chicas sonrieron a la vez, como si fueran gemelas, o, mejor dicho, como si las dos estuvieran manejadas por una misma computadora. No se parecían, pero eran idénticas. Difícil de explicar, ¿verdad? No me digáis que lo haga. Es así, simplemente. Era así. Tenéis que creerme. Confiad en mi palabra.

Twist Banjo ya se había sentado en su lugar.

El *croupier*, (que no era otro que el famoso contrabandista Phil Seis Dedos) lanzó dos cartas en opuestas direcciones. Una hacia Twist Banjo y la otra hacia Manteca de Cacao.

Las cartas, que salieron de las manos de Phil Seis Dedos simultáneamente, se deslizaron con suavidad en el borde de la misma, una a cada extremo, frente a cada uno de los dos rivales.

—Las reglas son las siguientes —dijo Phil Seis Dedos—. Júpiter mata a Saturno, Saturno mata a Neptuno, Neptuno mata a Urano, Urano mata a Plutón, Plutón mata a Mercurio, Mercurio mata a Marte, Marte mata a Venus y Venus mata a la Tierra. Sol mata a todos, pero pierde con la Tierra, ¿comprendido?

Dos cabezas, la elegante cabeza platinada de Twist Banjo y la gorda cabeza porcina de Willie Manteca de Cacao, asintieron gravemente.

—Pueden dar vuelta a sus cartas, señores —dijo Phil Seis Dedos.

Los dos hombres dieron vuelta a sus cartas a la vez.

—Oh...

Twist tenía un pobre Marte, Willie, en cambio, tenía un radiante Júpiter. Willie era el vencedor.

La alegría se esfumó del rostro de Twist Banjo.

Aquella situación no le convenía. No señor. No le convenía nada. Pero lo que se dice nada.

Yo sabía perfectamente lo que vendría ahora.

Twist se dedicaría a beber los peores mejunjes del Universo.

Se emborracharía hasta los pies. Lloraría y lagrimaría su pérdida.

Ese era su punto vulnerable: era un hombre débil de carácter. Es cosa de familia.

Creo que no os he dicho que Twist Banjo y yo somos primos por parte de madre. Mi madre y la de él eran hermanas gemelas. Nosotros salimos iguales en muchas cosas. El lado flaco de nuestro carácter es ése: la moral.

Willie Manteca de Cacao hacía señas con sus manos gordezuelas a las chicas.

—Vamos, niñas —decía—. Venid con papá. Vamos, niñas...

Tenía las manos redondas y rechonchas cubiertas de joyería. La joyería reflejaba todos los colores del arco iris. Las dos chicas, sin cambiar la sonrisa, dieron vuelta en torno a la mesa, una por cada

lado, y se acercaron a Willie.

—Un momento —dije yo—. Esta partida aún no ha terminado ...

—¿De veras? —preguntó Willie—. Yo no apostaría estas chicas ni contra un millón, ni contra dos, ni contra diez...

Palmeó a ambas chicas en las ancas, apreciativamente.

—Valen una fortuna... Su peso en oro... En platino... En mercurio...

Se iba entusiasmando y subiendo la cotización a medida que palmeaba y pellizcaba.

—No he dicho que las vuelvas a apostar contra dinero, gordo —dije.

Los ojos de Willie destilaron veneno hacia mí.

Yo pensaba: «Me conoce. Sabe quien soy. En cualquier momento más me conocerá. Debo darme prisa. No hay tiempo que perder.»

—¿A no? —preguntó Willie, burlón—. ¿Acaso te apuestas tú, monín?

Yo, por toda respuesta, extendí un brazo.

Effie, que había comprendido, se destacó de la multitud que había en torno a la mesa, y avanzó hacia mí.

Un murmullo de admiración la recibió.

Me volví hacia Willie Manteca de Cacao.

—¿Qué dices ahora, cerdo?

Willie posó su inmunda mirada lasciva en Effie. La recorrió, minuciosamente. Había algo de malo en aquella mirada. Algo de mano húmeda, que palpaba. Yo sé, que bajo aquella mirada turbadora Effie se sintió desnuda, desvalida.

Estuve a punto de echarme atrás en mi apuesta. Lo iba a hacer. Lo hubiera hecho. Fue Effie, ella misma, quien me lo impidió.

Dio dos pasos hacia la mesa y exhibió su figura girando lentamente, de forma casi hipnótica, sobre los talones.

—Vale —dijo Willie Manteca de Cacao.

La voz le salió gangosa, febril.

Twist Banjo se puso de pie y yo ocupé su lugar junto a la mesa.

Phil Seis Dedos repitió las reglas del juego. Acto seguido nos echó nuevas cartas: una para cada uno. Las levantamos las dos al mismo tiempo. La mía, la que vi primero, era la carta más pobre del juego: la Tierra.

La de Willie Manteca de Cacao era la más fuerte de todas: el Sol.

Pero según las reglas del juego, el Sol, que vence a todos, pierde en cambio con la Tierra. Yo había ganado. Las dos muchachas, las dos gemelas distintas, siempre como si estuvieran manejadas por la misma computadora, clónica la una de la otra, avanzaron cada una por un flanco de la mesa y se pararon firmes, sonrientes casi inhumanas a mi lado.

—Te las devuelvo, querido... —dije dirigiéndome a Twist.

Twist Banjo, mi querido primo, sonrió efusivo.

—Vámonos de aquí de prisa —dijo—. Tengo fuera una nave. Nos iremos todos. Ya me explicarás.

* * *

La nave de Twist Banjo era realmente veloz aunque tal vez no lo fuera tanto como la del Tigre Ferrigno.

En pocos minutos estábamos a varios millones de millas del pequeño asteroide llamado Omicrón.

La distancia me tranquilizó. Nos tranquilizó a todos.

Banjo fue el primero en hablar. Dijo:

—No me extrañaría que en estos momentos Willie Manteca de Cacao se estuviera comunicando con las autoridades de Marte. Te reconoció. Estoy seguro.

Yo encogí los hombros.

—No importa —dije—. A estas alturas, qué importa ya.

Banjo tenía en la mano un par de dados fosforescentes, los hacía saltar cada pocos instantes. Jugaba con ellos, tenía una especie de tic. Una deformación profesional. A mí, aquellos dados me ponían nervioso.

—Deja en paz esos dados —dije.

—Está bien —dijo Banjo. Metió los dados en la guantera de la nave y me sonrió—. Veo que estás muy nervioso...

—No es para menos —dije—. ¿Has oído hablar de la Esmeralda Sangrante?

Sí. Banjo había oído hablar de la Esmeralda Sangrante.

Sí. Estaba enterado que la habían robado.

No. Por desgracia no podía brindarme ningún dato, respecto a una posible venta de la misma.

Sin embargo, tenía otros datos sumamente interesantes.

La Esmeralda, de hecho, no pertenecía a la baronesa Callimeris, sino a otra persona.

—¿A quién? —preguntó Effie.

Twist Banjo hizo como si no la hubiera escuchado.

—Es una piedra sumamente valiosa —dijo—. Su precio, actualmente, se calcula en diez millones de libras interplanetarias.

La cifra, suficiente para comprar no sé si un planeta pero por lo menos una luna de tamaño mediano, nos sumió a todos en un mutismo que se prolongó durante varios segundos.

Una de las dos mujeres, automáticas, que se encontraban con nosotros, habló:

—Yo sé quién era el dueño de esa Esmeralda —dijo.

Banjo se volvió a ella furioso. Tenía la cara roja de furor.

—¡Cállate, perra!

La mujer cerró la boca con un clac. Sus ojos se vaciaron de vida. Entonces comprendí. Había una computadora, no que las dirigía pero que las había creado. Eran, las dos, mujeres robot.

Yo había oído hablar de eso. Sabía que Twist Banjo, mi primo, estaba en el negocio.

Por las dudas, haciéndome el distraído, desabroché la cartuchera de la pistola láser.

Banjo se había reclinado en su asiento.

—Bien, bien, bien... —dijo, lentamente, sin apartar sus ojos de mí.

Las dos mujeres robot, distintas e iguales, estaban inmóviles. El grito de Banjo, la palabra perra sin duda, las había devuelto a su condición nativa de máquinas.

Yo, sin darle importancia, me recliné también en mi asiento. Extendí un brazo y toqué una pierna de una de las mujeres que estaba a mi lado. ¿Mujeres? ¡Ja, ja!

La piel, o lo que fuera, un plástico, vinilo, no sé qué, estaba fría como el hielo.

Twist Banjo vio mi movimiento. Vio mi expresión.

—Cuando tienen activo el motor son incomparables. Sexualmente incomparables —dijo—. Te lo garantizo.

—No lo dudo... —dije yo—. Pero, viejo, perdóname que ahora no piense en el sexo. Pienso en mí mismo. ¿Cómo salir de ésta?

CAPITULO VI

Twist Banjo era un bandido, yo lo supe siempre. Lo supe desde niño. Por algo somos primos.

Pero Twist Banjo era incapaz de venderme. Eso lo sabía.

Sin embargo, había algo que me hacía dudar. Había algo en él que me hacía poner nervioso. ¿Qué era lo que se traía entre manos?

Conozco a Twist prácticamente desde que nací. El me lleva tres días. Es decir, si no me han entendido, es tres días mayor que yo. Crecimos en el mismo vergel, en la Tierra, donde antes estaba el Polo Norte. ¿Sabéis dónde está?

Sí, supongo que sí.

Está en lo alto, donde antes se encontraba el Norte.

Allí crecimos, entre la hierba, con el sol que nos daba el día entero. Vivíamos las noches sin oscuridad, los días siempre cálidos.

Fuimos amigos, siempre. Fuimos enemigos también.

¿Está claro?

¿No?

Yo no lo puedo remediar. Las cosas son así. El que pueda que lo entienda, el que no... allá él.

Yo sabía de Banjo todo eso. Que no me traicionaría. Que haría todo lo que tuviera en su mano para salvarme. Pero...

—Oye, Banjo —dije—. ¿Qué te traes entre manos?

Banjo sonrió con su perfecta dentadura esmaltada con esmalte de Júpiter.

—¿Entre manos? —preguntó—. Yo nunca llevo nada entre manos.

Yo asentí. Sabía de qué me hablaba.

Banjo chasqueó los dedos y las dos mujeres robot, iguales pero distintas, se incorporaron al mismo tiempo. Las dos sonrieron con la misma sonrisa. Las dos se movieron con los mismos movimientos. A mí, que ya sabía lo que eran, me parecía que sentía chasquear dentro de ellas los rulemanes y las manecillas de la maquinaria.

—¡Largo! —dijo Banjo.

Las dos mujeres se marcharon, cada una en una dirección.

Yo me volví para observar a Effie. ¡Horror! ¿Qué le había ocurrido? Qué... Pero qué día... Pero qué mier... Pero qué...

Banjo frente a mí se reía. Se mecía, lentamente, en el asiento

sanforizado.

Yo extendí un brazo y toqué a Effie, estaba fría, como si estuviera muerta. ¿Muerta? No, no, no. En mi cerebro no cabía tamaño horror.

Me incorporé, loco de terror, de odio, de dolor y miré a los ojos de mi primo.

En sus ojos, en los de mi primo digo, bailoteaba, alegrona, la burla.

—Siéntate, querido —recomendó Banjo.

—¿Qué le has hecho? —rugí.

—Duerme... —dijo Banjo—. Necesitaba tener contigo una charla a solas. Como cuando éramos niños. ¿Recuerdas?

—Cómo no voy a recordar...

—Bien, bien, bien... —susurró Banjo.

Giró en el asiento y se encontró en los controles de la nave. Lo vi, atónito, mover palancas.

Effie estaba a mi lado, desmoronada en su asiento. Parecía muerta. Estaba muerta. Tenía que estarlo. Estaba fría. No tenía pulso. Sus ojos (yo le abrí los párpados) estaban en blanco.

Banjo, como si hubiera adivinado mis ideas, mis sentimientos y mi tentación, habló:

—Te he dicho que está viva, que sólo duerme —dijo, sin volverse —. Confía en mí. Tranquilízate.

¿Qué otra cosa podía hacer? A ver, que me lo diga alguno de vosotros. Qué podía hacer sino esperar. ¿Qué, sino obedecer?

Volví a sentarme. Encendí un cigarrillo. Fumé. Cerré los ojos bien apretados y me puse a pensar, a pensar, a pensar.

Sin resultado.

* * *

Nos dirigimos a Titán, la gran luz de Saturno. Yo, al ver el lugar de destino en la pantalla del visor diaptónico, pregunté:

—¿A dónde vamos?

—A Titán —respondió, calmoso, Twist Banjo.

—¿Por qué a Titán? —pregunté.

—¿Quieres recuperar esa joya, verdad?

—No lo sé, la verdad, qué es lo que quiero —dije. No lo sabía. Ni

vida estaba en peligro. Effie, a mi lado, parecía muerta. ¿Qué podía importarme la joya de una vieja decrépita y horrible?

—Llévame de nuevo a Marte —exclamé—. Prefiero entregarme. No puedo seguir viviendo esta situación. Twist Banjo no se apartó de los mandos. No me miró siquiera. Yo veía su cara reflejada en la pantalla. Veía su sonrisa cínica, de jugador.

—Te salvaré aunque no lo quieras, primito —me dijo—. Siempre he tenido debilidad por ti. Y además, te debo el gran favor que me has hecho esta tarde. De no haber sido por tu intervención, yo hubiera perdido para siempre a esas dos preciosas muñecas. Me costaron más de medio millón cada una. Son perfectas, ¿verdad?

—Están muy bien —dije, sin interés.

—Sólo hay media docena de ejemplares de este tipo en todo el sistema solar —dijo Twist Banjo—. Tengo en mente un proyecto fantástico. Organizar una gran empresa de *call—girls* interplanetarias. Chicas robot. Incansables. Siempre bien dispuestas. Limpias. ¿Qué te parece?

A mí, el tema no me interesaba. Había otras cosas que ocupaban mi mente. Twist Banjo debía saberlo. Tenía que comprenderlo.

—Cállate —dije, molesto.

—Está bien, está bien —dijo él.

Manipuló en silencio con los controles durante unos instantes. Fijó, lo vi, el piloto automático de descenso.

Luego se volvió hacia mí. Encendió un cigarro moteado, de tabaco de la Virginia venusina, y sopló una nube de humo celeste.

—¿Quieres saber por qué vamos a Titán?

Yo asentí con la cabeza. Por supuesto que quería saberlo.

—¿Has oído hablar de Henderson, *el Puritano?* —preguntó Twist Banjo.

—No.

—Henderson, *el Puritano* es un hombre muy especial —dijo Twist Banjo—. Tiene una profesión muy especial. Única.

—¿Qué profesión?

—La de *manager* de datos —dijo Twist Banjo.

Vio la sorpresa reflejada en mi cara. Sonrió.

—Sí —agregó—. Un *manager* de datos. Así se hace llamar. Está enterado de todo lo que ocurre en el sistema solar. Y vende su información. Si esa piedra…

El timbre de alerta de la radio lo interrumpió.

Twist cogió el micrófono.

—Sí...

—Aquí Torre de Control del espaciopuerto de Titán —dijo una voz metálica—. Identifíquese, por favor.

—Nave *Búlcaro* —dijo Twist Banjo—. Código B 963.

—¿Pretende tomar tierra en Titán? —inquirió la voz metálica.

—Por supuesto. Si no, no estaría aquí. Ya he entrado en órbita.

—Lo sabemos —respondió, con timbre de enfado, la voz de metal —. No nos diga lo que ya estamos enterados. ¿Cuales son sus intenciones?

—Tomar tierra en Titán —dijo Twist Banjo—. Ya se lo he dicho.

—¿Para qué?

—Visita de negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Venta de maquinaria.

—¿Quién es su corresponsal? ¿Cuál es el nombre de la persona o firma comercial con la cual piensa usted llevar a cabo su transición?

Twist Banjo sacó de entre sus ropas un trozo de papel, lo abrió al medio y, cuidadosamente, leyó:

—La Wiltshire Tin Can Corporation, Incorporated and Limited.

—¿Su nombre?

—¿El mío?

—El suyo.

—Francis McBuster —dijo mi primo.

No se llamaba así. Yo lo sabía. Se llamaba Richard Mountvittel. Sin embargo, a lo largo de su vida, había usado cualquier cantidad de nombres. Decenas, cientos, miles quizá. Aquello no me sorprendió.

—Verificaré —dijo la voz mecánica—. Un momento, por favor. Mantenga abierto el contacto.

Twist Banjo tapó con la mano el micrófono y susurró:

—La Wiltshire Tin Can Corporation, Incorporated and Limited es la tapadera de Henderson, *el Puritano.* Ya verás que no habrá ningún problema.

La voz mecánica volvió a sonar en la radio.

—Permiso de aterrizaje concedido —dijo—. ¿Viaja usted solo?

—No.

—¿Cuántas personas más viajan con usted?

—Una.

—¿Varón, hembra, neutro, androide, robot?

—Varón.

—Nombre.

—Un momento, por favor.

Twist Banjo cogió un pequeño adminículo mecánico que había sobre el control de mandos de la nave. Lo abrió con la presión de los dedos y extrajo de su interior una serie de fichas de identidad, de todos los colores, falsas sin duda todas ellas.

Desparramó las fichas sobre el tablero de control, me observó unos instantes cogió una de las fichas y sonrió.

—Se llama Marmaduke Collin—Hibbley, segundo conde de Deimos, natural del planeta Marte.

—De acuerdo —dijo la voz mecánica—. En tres minutos tendrán despejada la pista ocho.

El contacto radiotérico se interrumpió con un chasquido y un leve silbido.

—Tres minutos —dijo Twist Banjo—. No hay tiempo que perder. Vamos, de prisa.

Cogió a Effie por las axilas.

—Venga, de prisa —me dijo, alterado, ansioso casi—. Cógela de las piernas.

Le obedecí.

No entendía por qué.

—Vamos —ordenó Twist Banjo—. Hay que ocultarla.

Condujimos a Effie, helada como un cadáver hasta el fondo de la nave.

Twist Banjo sacó de sus ropas un pequeño objeto oblongo. Lo apretó entre los dedos.

Era un transmisor ultrasónico de órdenes. Lo reconocí.

El transmisor hizo que un fragmento de la pared se desplazara hacia un lado, dejando al descubierto una cavidad secreta.

La cavidad estaba tenuemente iluminada, con una luz violeta, de morgue.

En su interior estaban las dos chicas robot. Plegadas sobre sí mismas. Magmas, ahora, simplemente.

Introdujimos a Effie en aquel lugar espantosamente frío.

—Coloquémosla allí —dijo Twist Banjo.

—¿Allí?

Me indigné.

El lugar que Twist Banio indicaba era una especie de cubo de mimbre, de los que se usa en algunos sitios para la ropa sucia.

—No —exclamé—. No podemos hacer eso con ella.

—¿Por qué no? —Twist sonreía.

Se puso serio en seguida.

—No hay tiempo que perder —dijo.

Me sobrepuse. Me dolió, pero lo hice. Metimos entre los dos a Effie, a mi amada Effie, como si fuera un montón de ropa vieja en aquel cubo de mimbre.

—Salgamos. De prisa.

Twist se había hecho cargo de las operaciones. Lo obedecí.

Salimos. Regresamos a la cabina de la nave.

Twist se sentó frente a los controles.

Observó el reloj de microondas.

—Medio minuto… —dijo.

Se restregó las manos, sonrió hacia mí, se concentró en los controles.

Un par de minutos después ya estábamos en tierra, y salíamos del interior de la nave.

Nos dirigimos, presurosos, hacia la aduana.

CAPITULO VII

Como todos sabéis, Saturno tiene nueve lunas.

Mimas, Encélado, Tetis, Dione, Rea, Titán, Hiperión, Japet y Fede.

Además de estas nueve grandes lunas, Saturno tiene catorce lunoides, es decir, pequeños satélites de diámetro insuficiente para que el ser humano se instale en ellos.

El ser humano se ha instalado en las nueve grandes lunas.

Muchos entre vosotros conoceréis Mimas, con sus bellos campos verdes. O Tetis, con su atmósfera etílica que emborracha.

O Hiperión, donde se encuentra la sala de fiestas más grande del mundo.

O Fede, sede de la organización mundial para la defensa de los mutantes lisiados.

También habréis oído hablar de Encélado, con sus grandes minas de cobalto carbonizado.

Habréis oído hablar sin duda, de Rea. Sí, Rea, donde tuvo lugar la famosa revuelta de los ochocientos mil.

Titán es la más grande de las lunas de Saturno. La más rica en minerales. La más importante desde todos los puntos de vista: el estratégico, el político, el económico y el militar.

Incluso desde el punto de vista turístico Titán podía ser una verdadera mina de oro.

Sin embargo, ¿cuándo habéis oído hablar de ella?

Titán es un silencio. Es un misterio.

En Titán, cuya superficie es casi tan grande como la de Marte, viven escasamente veinticinco mil personas.

Se ha formado allí una sociedad cerrada, celosa de los privilegios de los que goza y no dispuesta a perderlos.

Titán, como tal vez lo sepa alguno de vosotros, goza de una especial autonomía en el contexto de gobierno interplanetario del sistema solar.

Allí, los seres humanos no realizan ningún tipo de trabajo manual.

Todos los trabajos, desde los más especializados, como pueden ser los que se realizan en las centrales atómicas, hasta los más burdos, como barrer las calles o dar clase a los párvulos, están a

manos de robots.

Titán, de todo el sistema solar, de sus nueve planetas y sus sesenta y ocho satélites, es el único lugar total y absolutamente robotizado.

Los extranjeros no son allí bien venidos.

Lo comprobé en carne propia.

Me dieron fricciones de amoníaco, una ducha de ozono, me inspeccionaron con rayos gamma y equis.

Twist Banjo sufrió las mismas operaciones.

Al salir de todo aquello, yo me sentí humillado. Twist en cambio, mantenía muy fija y tranquila la sonrisa.

—No te preocupes, chaval —me recomendó—. Hay cosas peores en la vida.

—Nunca me había sentido tan humillado, tan ofendido...

—Pareces un personaje de Dostoyewski.

—¿De quién?

—Un escritor de la prehistoria... Escribía relatos muy divertidos...

A mí me seguía preocupando la situación de Effie. Me intrigaba por qué Twist Banjo había actuado de aquella forma con ella.

Volví a insistir sobre el tema.

—Te lo diré a su debido momento —dijo Twist Banjo—. Yo nunca hago las cosas porque sí. Cuando lo crea oportuno lo sabrás. Mientras tanto te pido, o mejor dicho te ordeno, que olvides este tema.

—¿Y si no quiero olvidarlo?

—Me olvidaré yo de ti —dijo Twist Banjo—. No recuperarás más esa joya. Y tu vida no valdrá ni dos peniques interplanetarios. Lo sabes muy bien.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —le pregunté.

—Tienes que jugártela, querido —me dijo con una sonrisa.

Habíamos llegado al gran edificio de cristal donde se encontraba la Wiltshire Tin Can Corporation, Incorporated and Limited.

Estaba ubicada en el último piso. El piso número 136.

Los ciento treinta y seis pisos de aquel monstruo de acero y cristal estaban ocupados por compañías de importación e importación. Aquel edificio, el único edificio de más de dos plantas de todo el planeta Titán, era el centro neurálgico de éste.

Allí convergían todos los intereses económicos de Titán. De allí partían las órdenes de compra de productos de lujo necesarios para que la sociedad plutocrática, aristocrática, bucólica e idílica de Titán mantuvieran su elevado estatus.

Allí, en aquel edificio, se cerraban las negociaciones de compra y venta de materiales altamente especializados. Titán, o mejor dicho sus robots, habían creado la industria más elevada y perfecta de productos eléctricos, de pilas atómicas, de subjetos hiperatómicos y de diversos artículos similares.

La Wiltshire Tin Can Corporation, Incorporated and Limited, se dedicaba, al menos legalmente, a la importación de todo tipo de maquinaria de uso doméstico.

Su lema decía: «Somos el mejor amigo del ama de casa».

Dentro del elevador, manejado por un robot, porque los titaneos no se dignaban siquiera apretar botones cuando habían robots que podían hacerlo, Twist Banjo me explicó algunas cosas:

—La Wiltshire, con las ventas de artículos domésticos, gana cien millones de libras netas al año. Hender— son es uno de sus principales accionistas. Según he oído, y me lo creo, sus ganancias como *manager* de datos son superiores aún a las ganancias globales de la empresa.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿De qué forma puede...?

—No hagas preguntas difíciles, chaval... Difíciles y peligrosas...

El elevador se había detenido.

Las puertas se abrieron.

* * *

Henderson, *el Puritano* era un hombre de piel gris, ajada, que parecía á punto de caerse a pedazos como cartón viejo.

Antes de llegar a él habíamos pasado por media docena de secretarias robot y otra media docena de secretarios humanos todos los cuales (tanto las máquinas como los *homo sapiens)* nos habían tratado con una distancia que era hermana melliza del desprecio.

Yo estaba acobardado. Y además, me sentía humillado, furioso. De una furia impotente imposible de canalizar.

Al entrar en el despacho del gran Henderson mis piernas flaqueaban.

Sin embargo, para mi sorpresa, Henderson se levantó y se dirigió a Twist Banjo y lo envolvió en un abrazo.

—Querido Twist… —dijo Henderson.

Indicó sendos sillones para que nos sentáramos y él se sentó en una silla de respaldo muy duro y recto.

—Tu última faena, querido Twist, ha sido realmente fantástica —dijo Henderson—. He mandado a hacer cálculos por nuestras computadoras y he llegado a la conclusión de que en un par de años dominaremos también este sector…

—Tuve suerte… —dijo Twist Banjo—. Un golpe de suerte.

—Demasiados golpes de suerte has tenido últimamente —dijo Henderson—. Eres el mejor de mis agentes.

Por primera vez, Henderson posó sus ojos en mí.

Unos ojos que parecían dos trozos de goma. Pedazos de materia ya sin vida.

—¿Quién es este caballero?

—Es mi primo Jack Duval… Tal vez en estos últimos días hayas oído hablar de él… Era un oscuro detective privado de Marte, de Central City, hasta hace cuarenta y ocho horas. Ahora es un prófugo, un criminal, un asesino…

Henderson sonrió.

—Bien, bien, bien. La clase de gente que me gusta.

Colocó sus dos manos en las rodillas y soltó un sonido carrasposo, que quizá, para él, era una forma de reír.

—Usted es el hombre a quien achacan haber matado a Ned Banch, el periodista. Claro, claro, claro. Lo mataron esos canallas de Roger y Constantino, ¿verdad?

—Usted al parecer lo sabe todo —dije, con un hilo de voz.

—Todo y más —dijo Henderson—. Ese es mi lema.

Se puso de pie y se dirigió hacia un mapa que había en una pared. Cogió un puntero con punta de goma, y recorrió con líneas punteadas el mapa.

—Todo lo útil y todo lo inútil —dijo—. Todo lo práctico y lo que no sirve para nada. Mis conocimientos extraordinarios sobre las flores marcianas me permitieron financiar un par de revoluciones muy beneficiosas en el sector de los asteroides. Mis conocimientos sobre antiguas poesías terrícolas, me resultaron fundamentales para terminar con la casta de los Delgoch en las colonias de los planetas

de Sirio.

Henderson *el Puritano* golpeó en el mapa con el puntero.

—Usted está detrás de la Esmeralda Sangrante. Yo también lo estoy. Yo también lo estoy. Sé quien la ha robado, por qué la ha robado y dónde la ha escondido. Sin embargo, de nada me sirve saber todo esto.

Dio un golpe feroz con el puntero sobre el mapa, produciendo un estrépito de cristales.

Se trataba de uno de esos mapas de cristal vinílico, iluminado por detrás.

Un artefacto que costaba una millonada. Y él lo había destrozado así, en un arranque de furia.

Henderson, *el Puritano*, tranquilizado al parecer, sonreía. Jadeaba un poco, como preso de una honda emoción.

Me miró con una especie de fiereza.

—Usted habló con la baronesa, ¿verdad?

Yo asentí.

—Ella le dio plenos poderes para actuar en su nombre, según tengo entendido...

Yo volví a asentir.

—¿Ha traído esos poderes consigo?

Yo asentí por tercera vez.

Henderson *el Puritano* extendió un largo brazo. Abrió la larga y ajada mano gris con los dedos apuntando hacia mí.

—¿Podría verlos?

Yo saqué del bolsillo la carta ológrafa que me había dado la baronesa y se la extendí. El la cogió casi con ansia, con avidez.

A largos pasos se dirigió a una mesa de cromo vinílico que había al otro extremo de la habitación, se sentó tras ella y una luz se encendió automáticamente junto a él.

Con los labios apretados muy finos, Henderson *el puritano* leyó la misiva.

Eran tan solo tres líneas, que yo ya sabía de memoria:

Por la presente, yo, Dragona Fluh, baronesa de Callimeris, autorizo al señor Jack Duval a actuar en mi nombre en todo lo referente a la joya conocida como Esmeralda Sangrante que me ha sido robada.

Debajo, la firma de la baronesa.

Vi que Henderson leía la carta una y otra vez.

Luego de haberla leído por quinta o por sexta vez la colocó frente a sí en la mesa, abrió un cajón que había en uno de los lados de la mesa y extrajo un aparato chato. Era un aparato de metal brillante. Una clase de aparato que yo nunca hasta entonces había visto.

Henderson la abrió al medio, como si fuera una wafflera, y puso dentro la carta. Luego, volvió a cerrar el aparato.

—¿Qué hace? —dije yo, en voz baja, dirigiéndome a Twist Banjo.

—Pronto lo sabremos —me respondió Twist Banjo.

Henderson volvió a abrir el aparato y extrajo del mismo la carta. La golpeó con los dedos. Sonrió.

Se levantó de detrás de la mesa y la luz automáticamente se apagó.

Henderson se dirigió a pasos largos, a través de la moqueta de piel de mapache mercuriana, hacia nosotros.

—Lo que suponía —dijo Henderson—. Una impostora...

Henderson volvió a sentarse en su silla de respaldo duro.

—Descríbame a la mujer que dijo ser la baronesa —me ordenó.

Yo lo hice.

Henderson me escuchó atentamente, sin parpadear una vez.

Luego, girando el cuello, se volvió a Twist Banjo.

—¿La reconoces? —le preguntó.

—Por la descripción de Jack —dijo Twist Banjo—, no puede ser otra que madame Baserfly.

—Todo concuerda —dijo Henderson.

Yo, lo confieso, estaba en el limbo. No entendía nada de todo aquello. Ni una palabra. ¿Quién demonios era esa madame Baserfly?.

Antes que yo realizara la pregunta, que ya tenía en la punta de la lengua, Henderson la respondió. Como si hubiera adivinado lo que yo preguntaría:

—Madame Baserfly —dijo—, no es sólo la mujer más fea de toda la galaxia, sino también la más astuta. Fuimos socios un tiempo. Yo sabía que ella andaba detrás de la joya. Me ha ganado por la mano. Por ahora.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Twist Banjo.

—Es un plan perfecto, diabólico... —Henderson se pasó la mano,

lentamente, por la cara arrugada, yo temí que su piel cayera en pedazos, como una lluvia de papel viejo—. Sólo un detalle le salió mal.

—¿Qué detalle? —pregunté.

Henderson *el Puritano* soltó una de sus carcajadas. Un ruido a tornillos sueltos, a huesos que golpearon metidos en una bolsa.

—Y usted lo pregunta… Ja, ja, ja.

Twist Banjo sonreía a su vez.

—Pregunta qué detalle es el que ha fallado… —repitió Henderson.—. El detalle que ha fallado es usted, amigo. Usted mismo.

—¿Yo?

Tan asombrado estaba que apenas podía respirar. Me puse en pie de un salto. Sentí en mi interior una especie de temblor líquido,

—Usted, sí.

Henderson me estudió en silencio durante unos instantes.

—Usted tiene una secretaria llamada Effie Riviere, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver Effie con esto? No la meta a ella en…

Henderson alzó lentamente una mano. Yo me callé la boca. Había en aquel hombre, viejo y arrugado, una fuerza magnética imposible de contrarrestar. Me sentí como un niño cogido en falta, me volví lentamente a sentar, saqué un cigarrillo y lo encendí con mano temblorosa.

—Ned Banch —dijo Henderson— era uno de mis hombres. De los mejores. Usted le describió a la presunta baronesa, ¿verdad?

Yo asentí.

—Le dije —expliqué— que era una mujer horriblemente fea.

—Al decirle aquello usted condenó a Ned Banch a muerte. Porque ellos lo tenían vigilado. Sabían que Ned me informaría. Fue por eso que decidieron matarlo.

Henderson estiró un brazo hacia una mesa de metal transparente que había junto a él y cogió de la misma un transmisor eléctrico de ultraondas. Lo accionó. A los pocos instantes entró en el despacho un robot trayendo en los brazos, sobre una bandeja, una carpeta de vinilo plastificado. Henderson la cogió y la abrió. Luego me la entregó.

—¿Qué opina usted de esa mujer? —me preguntó.

En la carpeta había una foto de una mujer bellísima.

—Es una mujer muy hermosa —dije.

—Es la baronesa Callimeris —dijo Henderson.

—Pero…, pero… —balbucí—. Pero Effie me dijo j que conocía a la baronesa…, que era amiga de una sobrina de ella…, que la había visto otras veces…, me aseguró que aquella vieja era la baronesa en persona…

—Indudablemente, señor Duval, su querida Effie Riviere le mintió. Le mintió descarada y deliberadamente.

Algo en mi interior se quebró.

¡Yo la amaba! ¡La amaba, sí! Y ella respondía de esa forma a mi amor… Me había traicionado. Me había engañado.

Recuerdo haber escuchado, encogido en mi sillón, a Henderson y a Twist Banjo. Los dos hablaron conmigo por espacio de una hora. Me lo explicaron todo.

Yo salí de aquel despacho sin saber cómo. Las piernas apenas me respondían. Todavía en estado de semicatatonia, salí acompañado de mi primo Twist Banjo del edificio de acero y cristal. Entré con Twist en la nave. Lo observé realizar las maniobras para el despegue.

Todo el tiempo pensaba: «Me ha traicionado… Me ha engañado… Me ha vendido… Me ha utilizado… Soy un idiota…, un cornudo…, un tonto…»

Despegamos.

CAPITULO VIII

Un plan diabólico, en efecto.

Ya lo veréis.

Una vez que nos encontramos fuera del área gravitacional de Titán, Twist Banjo dejó que la nave se guiara por el piloto automático.

Me encaró:

—¿Te has decidido?

Yo vacilé un instante y luego afirmé con la cabeza.

Me había decidido.

Twist Banjo sonrió. En su cinturón, llevaba un pequeño transmisor de ondas. Lo accionó. Las dos bellísimas mujeres robot aparecieron simultáneamente poco después.

—Traigan a la chica —dijo Twist Banjo.

Las dos muchachas, supe entonces que se llamaban Leona y Tigresa aunque nunca he sabido cuál era cuál, asintieron con un movimiento de cabeza y se marcharon.

Pocos instantes después Effie, con aspecto algo atontado, entraba en la sala de mandos de la nave franqueada por las dos mujeres robot.

Yo tragué saliva. Era un trago amargo. Un paso difícil. Pero tenía que hacerlo. Encendí un cigarrillo para calmar mis nervios. Twist Banjo, como si fuera un telépata, me alcanzó lo que yo en aquellos momentos más necesitaba. Whisky. Del bueno. El japonés. Bebí un largo sorbo, me limpié la boca con el dorso de la mano.

—Muy bien, querida... —dije, dirigiéndome a Effie—. Ya estoy enterado de todo.

Effie parpadeó. Me miró, con los ojos humedecidos y abrió la boca como si quisiera decir algo.

Yo sabía que no podría resistir a sus súplicas. Por eso, tomé una drástica determinación. Me incorporé violentamente y la abofeteé.

—¡Cállate! —dije—. Yo hablaré.

Y hablé.

En sustancia, lo que le dije fue lo siguiente: que la escena del restaurante cuando nos encontramos con Sid Rogers y Lou Constantino, había sido preparada deliberadamente. Del mismo modo, el aviso que recibió Sid Rogers mientras estaba con nosotros

había sido calculado de antemano.

Era una trampa. Y la presa, la víctima mejor dicho, era yo.

Sid Rogers y Lou Constantino, a pesar de ser policías o tal vez por ello mismo, formaban parte de la organización que dirigía madame Baserfly.

Ellos estaban enterados de antemano de que la joya, es decir la Esmeralda Sangrante, había sido robada. ¿Cómo no iban a estar enterados, si ellos mismos habían participado del robo?

La escena del restaurante sólo tenía un objetivo: despertar mi interés en el asunto.

—Quizá soy aún más tonto de lo que parezco. Porque aquella misteriosa conversación no despertó mi interés. Y no lo hubiera despertado nunca de no haber sido por ti, traidora —le dije.

Effie seguía observándome, con los ojos húmedos, la boca apretada en una línea. Sus senos, bajo la tensa tela del vestido, subían y bajaban rítmicamente.

—Porque tú estabas allí —le dije— en el restaurante, para despertar mi interés en el asunto. Para ponerme, fácil y rápidamente, en contacto con la presunta baronesa. Responde. ¿Es verdad lo que digo o no?

Effie asintió lentamente. Apartó de mí la vista. La cogí con rabia, con violencia de la mandíbula y la obligué a mirarme a los ojos.

No sé por qué diablos lo hice. Aquella húmeda, tierna mirada, me emocionó. Estuve a punto de dar marcha atrás, de rendirme, de acariciarla y besarla.

Pensé: «Es una traidora... Te ha engañado... Está actuando ... Te quiere engatusar de nuevo... No hagas caso a esa mirada... No te dejes subyugar por esos labios temblorosos...»

Le pegué otro trago, muy largo a la botella. Me hizo bien. Sentí que mis nervios mis fibras se endurecían.

—Y yo creí en ti. Confié en tus palabras.

Yo había desviado también la mirada. No podía observarla ahora a los ojos.

—Sí —agregué—. ¿Por qué no iba a confiar? Yo soy detective privado. O lo era. No muy bueno. La verdad. Lo reconozco. Soy algo torpe y demasiado sentimental. Pero era un negocio, había dinero de por medio. Oh, sí.

—Por favor... —suplicó Effie—. Déjame decirte...

—No quiero oír tu voz —le respondí—. Tendrás que escucharme hasta el final.

Di unos pasos por la cabina de la nave. Observé que Twist Banjo sonreía, divertido. En el asiento, con los dedos encajados en la sisa del traje que llevaba.

—Querían usarme de víctima, de chivo expiatorio —dije—. Sí, tú me llevaste al cepo. Pusiste el dogal en torno a mi cuello.

Yo recordaba la noche que habíamos pasado juntos. Aquella noche, luego de la entrevista con la falsa baronesa. Recordaba lo dulce, lo cariñosa, lo tierna y sumisa que se había mostrado Effie, entonces. Furioso, golpeé con el puño una de las paredes de la nave.

—¡Maldita embaucadora! Y yo te creí. Te creí hasta el punto de enamorarme de ti…

Tuve que volver a recurrir al whisky. Un largo trago, largo. Muy largo. De la botella, abierta unos minutos antes, quedaba menos de un tercio.

Yo sentí el calor del licor en el cuerpo, sentí que las piernas empezaban a fallarme. Pronto la lengua se me trabaría. Me engordaba. Nada importaba.

* * *

Un plan diabólico, sí.

Hacerme cargar a mí con el mochuelo.

Cómo, os preguntaréis.

Trataré de explicarlo y ser breve: Yo había estado en la casa de la baronesa. Era un hecho. Mis huellas dactilares se encontrarían por todos lados. Y también se encontrarían en mi poder dos piedras preciosas. Dos piedras preciosas que habían pertenecido a la baronesa.

A la auténtica baronesa.

¿Recordáis las dos reproducciones fidedignas que me dio la horrible vieja? No eran reproducciones fidedignas de nada, sino auténticas esmeraldas.

No esmeraldas que sangraban, por supuesto. Simples y toscas esmeraldas terrestres. Pero su valor superaba ampliamente el medio millón de libras.

Y aquellas esmeraldas, habían colgado, hasta el día antes, de las

bellas orejas de la baronesa auténtica. Y la baronesa auténtica, tan bella, yacía degollada en su dormitorio.

¡La habían asesinado!

Sí, la habían asesinado. Es decir, yo la había asesinado.

Eso al menos es lo que se haría público.

No se encontraría en mi poder la famosa Esmeralda Sangrante. No, por supuesto. Se encontrarían simplemente aquellas dos piedras, tan valiosas.

La Esmeralda Sangrante habría desaparecido. Yo la habría escondido en algún sitio. Probablemente yo tendría un cómplice. Un jefe.

Por qué no Henderson *el Puritano.*

Claro. Un plan perfecto. Apoderarse de la joya más valiosa del Universo y culpar de aquel crimen a su mayor enemigo. Indudablemente madame Baserfly era astuta.

Sí, yo podía ser muy bien un cómplice de Henderson.

Por supuesto yo no podría decirlo. No podría defenderme de ninguna forma. Porque un día después del enunciado robo yo estaría muerto.

Lou Constantino y Sid Rogers me habrían matado en cumplimiento del deber.

Me salvó mi funesta manía de pensar. De pensar sin llegar nunca a un resultado.

Si yo hubiera sido nada más que un poco listo, sin duda hubiera comprendido que había caído en una trampa.

Pero no soy listo. Al contrario. Y por eso, a pesar de lo mucho que pensé, pensé y pensé, no llegué a ningún resultado.

Y fui a ver a Ned Banch.

Lou Constantino y Sid Rogers, que estaban tras de mí, me vieron ir al periódico.

Sin duda se enteraron que había subido a ver a Ned Banch. Henderson, que todo lo sabe, me dijo que ambos habían subido tras de mí al despacho de Ned. Y que no nos habían encontrado.

Nosotros estábamos para entonces en el sótano. Y yo pude escurrirme fuera del edificio.

Ned (que se sabía vigilado) no calculó el gran riesgo que corría entonces.

Pensó que le quedaban todavía unas horas para hacer lo que

debía. En primer lugar, ponerse en contacto con su jefe. Es decir, Henderson.

Luego, huir.

No imaginaba que Sid y Lou ya estaban en el edificio. De haberlo sabido, habría actuado de otra forma.

¿De qué forma? No lo sé. Nadie lo sabe. Ned murió poco tiempo después.

Murió sin llegar siquiera a comunicarse con Henderson.

Pero esto último no lo sabían Sid y Lou. Pensaron, al contrario, que Ned Banch había logrado comunicarse con su jefe. Que lo había puesto en antecedentes. Que Henderson ya estaba enterado de la verdad.

Informada por Sid, o por Lou, o por los dos, o tal vez incluso por Effie, madame Baserfly decidió cambiar el plan sobre la marcha.

Sí, como Henderson dijo, un detalle, un único detalle había fallado: yo.

Todo eso le dije a Effie en la nave, en presencia de mi primo Twist Banjo.

Ella me escuchó en silencio. Sin mirarme. La verdad es que yo tampoco la miraba. No podía. Sólo le echaba algunas miradas de soslayo, generosas, doloridas.

Sabía lo que era ella: una criminal, una traidora. Y sin embargo, a cada instante que pasaba, era más y más grande mi amor por ella.

Parecía tan desvalida, la pobrecilla, allí, entre las dos mujeres robot, encogida, con los hombros caídos, la barbilla aplastada entre las clavículas, la mirada en el suelo.

—No, no, no. No me dejaré vencer por tu aspecto de pajarillo herido —le grité—. No; puedes estar segura.

La voz me empezaba a fallar. Carraspeé, tosí, los ojos me lagrimearon. Twist, que siempre está atento a todo, destapó la botella y me la entregó. La vacié de un solo trago y la arrojé furioso, contra una de las paredes de la nave.

—Ned Banch murió, lo sabes —dije—. Con Ned muerto, con Henderson enterado de lo ocurrido, ya.no valía la pena matarme. Henderson, sin duda, estaba sobreaviso y ya no se le podría cargar con el mochuelo. A él no. Él era un hombre astuto.

Miré a Effie. Ahora, ella me miraba a los ojos. Ya no eran ojos húmedos. Eran unos ojos duros, brillantes.

—Me convirtieron en un criminal y me obligaron a huir. Pero no huí solo. Una deliciosa muchachita me acompañó. Me ayudó. Tú.

La señalé con un dedo.

—Sí, tú, perra traidora —dije—. Me hiciste creer que te jugabas la vida por mí, porque me amabas. De nuevo creí en ti. Los hombres somos lo bastante tontos como para creer ciegamente en lo que queremos creer, lo que nos gustaría creer. Tú lo sabes demasiado bien. Eres experta en esa clase de cosas.

Ya no había whisky. Yo tenía seca la garganta, seca la lengua, secos los labios. Me pasé la lengua seca por los labios secos. Me mordí los labios hasta hacerme sangre.

—Oh, sí. Fuiste muy hábil. Me dijiste que habías robado aquella nave al propio Tigre Ferrigno. No dudo que sea la nave del Tigre. Sé que lo es. Henderson me lo ha dicho. Pero ¿se la robaste tú? ¿O te la dieron tus amigos Lou y Sid?

Volví a coger a Effie por la mandíbula. Torcí su rostro hacia mí para que me mirara. Ella tenía los ojos cerrados.

—Abre esos ojos —le dije—. Mírame.

Abrió los ojos. Sonrió.

—Sí, maldita, sonríe, sí. Sonríe, perra —escupí.

La solté con violencia, haciéndola golpear con una pared.

—¿Y cuando ataste al Tigre a la pata de la cama, lo hiciste sola? ¿O te ayudaron también para ello tus dos amigos, tus dos compinches?

Moví una mano, con violencia. Con dureza.

—No me interesa saberlo. No me interesa nada más de ti.

—Escúchame —suplicó Effie.

—Habla —le dije.

Twist Banjo se incorporó. Nos miró a los dos.

—No la oigas —dijo—. Intentará engañarte otra vez. Conoce tu flanco débil.

Hizo un ademán hacia las dos mujeres robot.

—¡Lleváosla! —exclamó.

—Aguarda —dije—. Quiero oírla.

Twist y yo nos observamos un instante. El sacudía la cabeza.

—Está bien —dijo—. Soltadla.

Effie avanzó un paso, muy seria. Se mordió el labio inferior.

—Un cigarrillo —pidió.

Se lo di. Se lo encendí. Ella me cogió la mano en aquel momento. Me miró muy hondo a los ojos. En su mirada, húmeda de nuevo, había una súplica.

Sin embargo, yo percibí, detrás, en lo profundo, una dureza de pedernal. Era una mujer atrapada. Alerta.

Di un paso atrás.

—Vamos —le dije—. Suelta de una vez lo que tienes que decir.

Effie rió casi con grosería, burlona.

—Sí —dijo—. Te engañé, corderito. Es exacto todo lo que has dicho.

Había cambiado en su actitud. Ahora era desdeñosa, soberbia, desafiante.

—Madame Baserfly —siguió diciendo Effie—, me ordenó que te sacara de Central City. Que te trajera a los asteroides. Sabía, es una vieja astuta, que intentarías ponerte en contacto con tu primo Twist Banjo. Y sabía también que tu primo forma parte de la organización de Henderson. Queríamos acercarnos a Hender— son. Averiguar lo que él había averiguado. Creímos, o por lo menos la vieja madame lo creyó, que Henderson no sospecharía de mí.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Porque es verdad que yo he salido últimamente con el Tigre Ferrigno —dijo ella—. Henderson lo sabe todo. O al menos tiene fama de saberlo todo. Tenía que saber aquello. Que yo era la amante del Tigre. Que trabajaba para él.

—¿Cómo?

Yo estaba perplejo. Iba de sorpresa en sorpresa.

—Sí —dijo ella—. Yo trabajaba para el Tigre. O al menos el Tigre lo creía así.

—En el lecho, hacían horas extras...

Effie rió. Rió, realmente divertida.

—Considéralo de esa forma si quieres. El Tigre es un hombre atractivo. Ya sé que es viejo y feo. Y tú eres joven y guapo. Pero no tienes su personalidad, su carácter.

—Veo que lo admiras —dije—. Y sin embargo, lo traicionabas.

—No lo admiro —dijo ella—. No admiro a nadie. No quiero a nadie. Sólo a mí. Lo que he dicho del Tigre es la verdad. Es un enemigo peligroso, de cuidado. Por eso yo estaba junto a él. Para vigilarlo, para seguirle los pasos, para saber en qué andaba.

—Ya has visto —dijo Twist Banjo—, que Hender— son *el Puritano* está enterado de más cosas de las que tú te imaginas. Lo sabe todo y más. Es su lema.

Twist Banjo empezó a pasearse, jactancioso, por la cabina.

—¿Crees tú, chaval, que Henderson hubiera permitido que una espía de Tigre Ferrigno, su peor enemigo, se acercara de forma tan peligrosa a nosotros?

Effie movió la cabeza. En sus ojos se revelaba una cierta perplejidad.

—Nunca pensé en eso.

—Y Madame Baserfly tampoco —dijo Twist Banjo—. O quizá sí. Quizá te mandó a la muerte.

Twist Banjo sonrió.

—Sí —dijo—. Es una suerte para ti que Henderson supiera la verdad. La exacta verdad, la que ustedes fraguaron para él.

Twist Banjo rió, triunfal.

—Henderson me advirtió quién eras antes de que llegaran a Omicrón —dijo.

—Y el resto —agregué yo—, fue simple. Una vez estuvimos fuera de Omicrón, Twist te puso fuera de combate mediante un hipnotizador cataléptico.

Y pensar que yo había sufrido. Que yo la había creído muerta y había sufrido. Recordar mi sufrimiento me daba una especie de náusea.

La señalé con un dedo.

—Vete —le dije—. No volveré a ver tu rostro, de lo cual me alegro.

Effie dio un paso hacia mí, levantó ambos brazos. Abrió la boca como si fuera a hablar y la cerró.

Sonrió, divertida.

—Fue interesante —dijo— mientras duró…

Pasó una mano por mi rostro y sonrió burlona.

—Eres muy guapo —dijo, en un susurro sensual—.

¿Vas a matarme tú mismo? ¿Con tus propias manos? ¿Ahora?

—Aún no ha llegado tu hora, preciosa —dijo Twist Banjo —. Antes, tendrás que decirnos dónde está escondida la Esmeralda Sangrante.

—¡Jamás!

Effie alzó la barbilla, orgullosa.

—No me arrancaréis jamás ese secreto —dijo.

—Sabemos que está en Marte —dijo, tranquilamente, Twist Banjo—. Sabemos que no ha salido de allí. Que no salió en ningún momento. Necesitamos saber el lugar exacto en donde se encuentra.

—Vete al cuerno —exclamó Effie—. Nunca te lo diré.

Twist sonrió, casi con dulzura.

—¿No? ¿De veras?

Se demoró, deliberadamente, encendiendo uno de sus puros moteados de verde, de tabaco venusino.

—Leona y Tigresa, esas dos chicas tan bellas que están contigo —dijo—, no son solamente dos máquinas perfectas elaboradas para complacer los más elementales instintos carnales del macho de nuestra especie. También son dos refinadas torturadoras ... Muy pronto lo comprobarás.

—Espera —dije—. Yo no sé si…

Twist se volvió hacia mí. En su expresión había nueva dureza.

—Tú no cuentas en esto, primito. Déjalo en mis manos. Sé lo que hago.

—No —exclamé.

Yo sabía muy bien lo que era Effie. Lo que había hecho de mí. Cómo se había burlado, cómo me había utilizado. Lo que ocurre, es que es imposible borrar un sentimiento tan profundo como el amor. Porque yo la amaba, la amaba todavía.

—No voy a permitir… —dije.

No alcancé a decir nada más.

Respondiendo a una seña imperceptible de mi primo Twist Banjo, una de las bellísimas mujeres robot, no sé si Leona o Tigresa, se acercó a mí por detrás y me asestó un duro golpe con el canto de la mano en la nuca.

Sentí como si el cielo se hubiera derrumbado sobre mi cabeza.

CAPITULO IX

Una nube negra me cubrió. Me desperté en una suave penumbra violácea.

La cabeza me dolía horriblemente. Un dolor tan brutal que ocupaba por entero mi mente.

Tardé unos instantes en comprender que había alguien conmigo, muy cerca. Al lado. Se sentía el contacto de unas manos.

Intenté volverme. El dolor de la cabeza se hizo más agudo.

Una voz, susurrante, acariciadora, muy junto a mí, me dijo:

—Más vale que no te muevas, encanto...

Obedecí.

Pasaron unos segundos más para que comprendiera que aquel contacto sobre mi cuerpo eran unas manos. Unas manos sabias, experimentadas, ágiles.

El contacto de aquellas manos calmaba poco a poco mi dolor.

—¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor...

Me volví, me incorporé a medias. Leona, o Tigresa, la que fuera, sonreía junto a mí. No llevaba ropas encima. Ninguna ropa.

—Primero me golpeas —dije— y ahora me acaricias...—La que te golpeó fue mi hermana —dijo ella—. Y yo te acaricio porque Twist me lo ordenó.

Yo gruñí.

Me gusta que las mujeres me acaricien. Pero no cuando otro hombre se lo ordena.

Diréis que aquella que estaba conmigo no era una mujer. Es fácil decirlo sin haberlas visto. Sin tenerlas al lado. Porque os aseguro que estando junto a ella uno se olvida que son máquinas. Son tan perfectas...

—Bien... —tragué saliva—. Ya estoy mejor.

Me levanté. Había estado tendido en una especie de colchoneta biónica.

Reconocí la habitación. Era uno de los dormitorios que había al fondo de la nave.

Leona, llamémosla así aunque es posible que fuera Tigresa, me

tenía cogido de las manos, suavemente, y sonreía.

—¿Te marchas así?

Yo la miré. Ya he dicho que no tenía ropa encima. Sus senos me apuntaban como armas mortíferas. Extendí un brazo y le toqué la piel del cuello, la cara. Una piel suave, tersa. Carne blanda y tibia.

—Tengo que hablar con Twist —dije—. Hay ciertas cosas que debe explicarme…

—Quédate conmigo —susurró Leona.

Se había tendido en la colchoneta y extendía los brazos hacia mí.

La miré.

—Lo siento —dije—. Tal vez en otra ocasión.

—Probablemente —dijo ella—, no haya otra ocasión…

—¿Por qué no?

—Hoy —dijo ella— Twist me ha dado la libertad… Más adelante, no sé lo que hará.

—¿Quieres decir… que tú no haces esto porque Twist te lo haya ordenado?

—Él me ordenó que te acariciara —dijo ella—. Yo, igual que mi hermana, tengo incorporado a los dedos de la mano un sistema de rayos gamma para calmar los dolores… Lo que Twist me ordenó fue que te aliviara de la inevitable jaqueca del golpe. No me dijo nada más. Lo que ahora te ofrezco corre por mi cuenta.

Me pasé la lengua por los labios resecos.

Había pasado por circunstancias muy penosas. Sufría todavía. Necesitaba un consuelo. Sin embargo, no me decidía… Tenía que hablar con Twist… Saber qué había ocurrido con Effie.

—¿Sabes… —pregunté— qué ha ocurrido con la chica?

—No hablemos de eso —dijo mi celadora—. Ven, ven a mis brazos. Por favor.

Soy un hombre. Como cualquiera de vosotros. Por lo menos los que son hombres entre vosotros. Porque supongo que también habrán mujeres.

¿Qué queréis que haga?

—Ven… —susurró Leona.

Sucumbí.

* * *

Twist se hallaba sentado frente al panel de mandos de la nave cuando yo entré en la cabina.

Me vio, sin duda, reflejado en la pantalla del visor. Me preguntó:

—¿Te sientes bien? Espero no haberte causado demasiado daño...

—¡Bah! —dije—. No fue nada.

Twist se volvió hacia mí con la sospecha en los ojos. —Me parece que mis chicas están tomando última—

mente demasiadas decisiones por su cuenta —dijo Twist—. Se ha mostrado amable, ¿verdad?

—Entre caballeros no se habla de esas cosas —respondí.

Twist soltó una carcajada.

—Bien —dijo—. Es que a estas mujeres robot hay que tratarlas con mano dura. Si no, aprovechan la primera ocasión para desmandarse.

Me observó. Con los ojos entrecerrados, me observó, durante largos segundos. Por fin sonrió.

—Lo pasaré por alto por esta vez —dijo.

—¿Qué ha pasado con Effie? —pregunté.

—Cantó... No podía ser de otra forma...

—¿No le habrás hecho mucho daño?

Twist se encogió de hombros.

—Sólo el imprescindible —dijo—. No soy un sádico cualquiera. No me gusta lastimar a la gente porque sí.

—¿La has...?

—¿Qué?

—¿No la habrás matado?

—No, todavía no. Eso es algo que no está en mis manos. Henderson *el Puritano* decidirá.

—¿Dónde está?

—¿Quién? ¿Te refieres a Effie?

Yo asentí con la cabeza.

Twist señaló, con un ademán, hacia el fondo de la nave.

—Iré a verla —dije.

—No —dijo él—. Tú no harás tal cosa.

—Trata de impedírmelo —dije.

Twist se puso en pie.

—¿No te das cuenta que te ha traicionado, que te ha utilizado, que te ha explotado?

—Tú también me utilizas... Lo sé. Me estás utilizando ahora mismo.

—Es posible... —dijo Twist con toda tranquilidadˆ

Se acercó a mí. Me puso una mano en el hombro.

—Trabajo para Henderson —dijo—. El me paga. Me paga muy bien. Y yo necesito ese dinero. Lo necesito para el proyecto de que te hablé.

—Sí... entiendo.

—Cuando esta misión termine —dijo Twist—, cuando nos hayamos apoderado de la Esmeralda Sangrante, Henderson me dará una gran cantidad de dinero. Lo suficiente para retirarme. Te ofrezco la mitad. Te ofrezco convertirte en socio de mi empresa. ¿ Qué dices?

—No sé..., no sé.

Yo estaba cansado. Horriblemente cansado y triste. Yo quería a Effie. Sabía lo que había hecho ella de mí. Lo que había hecho conmigo. Pero los sentimientos no se pueden evitar. La quería tener conmigo. Junto a mí. Para siempre.

—En diez minutos entraremos en órbita en tomo a Marte —dijo Twist.

Yo alcé la cabeza para mirarlo.

—No pienses más en ella —dijo—. Después de la forma en que te ha tratado...

—Tienes razón —le respondí.

Twist sonrió ampliamente. Volvió a poner una mano en mi hombro, cariñosamente.

—Así me gusta —dijo—. Yo ahora tengo mucho trabajo que hacer. Debo comunicarme con Henderson para indicarle nuestra posición. El viene detrás de nosotros. Caerá por sorpresa sobre esa gente. Ya falta poco para que todo esto haya terminado. Nos iremos juntos a donde quieras. A pasar unas vacaciones. Con Leona y Tigresa. La olvidarás. Lo sé. Yo también he sufrido desengaños...

—Es el primero que sufro yo —le dije.

—Alguna vez hay que empezar —dijo él.

Me dio la espalda y se dirigió a los controles.

Un minuto después yo escuchaba su voz, que hablaba por el micrófono:

—Aquí Twist, en nave *Búlcaro.* Cambio.

La voz de Henderson, le respondió un segundo después.

—Entendido, *Búlcaro.* Por favor, deme su posición.

—Estamos a tres mil millas de la superficie de Marte. Pronto entraremos en contacto atmosférico e iniciaremos gravitación en torno al planeta. Espero órdenes. Cambio.

—Nos encontraremos en el gran desierto salino, cercano al casquete polar sur del planeta —dijo la voz de Henderson—. ¿Comprendido?

—Comprendido. Cambio.

—Sincronicemos relojes. El mío marca las 14—32 con 32 hora solar.

—He sincronizado mi reloj al suyo, señor —dijo Twist.

—Nos encontraremos en 37 minutos —dijo la voz de Henderson.

CAPITULO X

No tomé parte de la reunión entre Henderson *el Puritano* y mi primo Twist Banjo.

Ellos se reunieron en la nave de Henderson y yo me quedé en *Búlcaro,* la nave de Twist.

No me quedé solo, por supuesto.

Me acompañaban, amables, sonrientes siempre, Leona y Tigresa.

Amabilísimas.

Si no existiera la censura mundial interplanetaria, ya os contaría... Pero, a pesar de su amabilidad, eran mis celadoras. Estaban conmigo para vigilarme.

Yo sabía que no podía escapar de ellas. Estaban hechas para eso. También para eso, precisemos.

Las dos naves, la pequeña y confortable *Búlcaro* y la gran nave de guerra en la que había llegado Hender— son, estaban inmóviles en un gran desierto salitroso ubicado cerca del Polo Sur. Un lugar frío, inhóspito.

Marte es un planeta inhóspito en toda su superficie. El sitio en que nos encontrábamos era inhóspito dentro de la inhospitalidad total y absoluta del planeta.

Aunque ya os digo...

El paisaje que se dejaba ver a través de la pantalla de la cúpula transparente de la nave *Búlcaro,* no era de los que se llaman alentadores.

Yo, con mi ánimo por los suelos, a pesar de la amabilidad de Leona y Tigresa, sentía que aquel paisaje agreste, invisible, me hacía daño.

Effie, había salido en compañía de Twist.

Custodiada por dos de los esbirros de Henderson, armados hasta los dientes, yo la había visto atravesar el desierto, cubierta con su traje espacial, que a pesar de sus torpes líneas amorfas no conseguía ocultar del todo el bello contorno de su cuerpo. La vi, con la redonda escafandra en la cabeza, llegar junto a la nave de Henderson y subir.

Pensé que no volvería a verla.

Que aquélla sería la última imagen que conservaría de mi amada.

Era una traidora, para mí.

Era una enemiga para Henderson.

Y Henderson era el hombre que tenía en sus manos la decisión sobre la vida o la muerte de Effie.

¿La ejecutaría? En ese caso yo no vería ni siquiera su cadáver. Sabía cómo se realizaban esas ejecuciones en las que conviene que el cuerpo no vuelva a aparecer jamás.

La nave de Henderson abriría una escotilla, para que la ceniza de la ejecutada volara al espacio y se confundiera con la arena salitrosa del desierto.

Estos, tan lúgubres, eran mis pensamientos en aquellos momentos.

No sé de dónde, salió una botella de whisky.

El hecho, lo concreto, era que yo la tenía entre mis manos, la tenía aferrada a mí, clavada en mi cintura. Cada tanto la alzaba, le daba un gran beso, la volvía a tapar y la colocaba de nuevo en su sitio, entre mis piernas.

Leona y Tigresa, que revoloteaban en torno a mí cual mariposas, trataban de hacerme superables aquellos instantes. Estaban dispuestas a todo, a lo que fuera, sí.

Pero me vigilaban. Dos o tres veces intenté acercarme a la puerta. Siempre tenía alguna de ellas al lado.

Eran, de aspecto, suaves y bellísimas criaturas.

Pero debajo de la piel sintética que las cubría no había frágiles huesos de calcio, no había tendones formados por células fibrosas, tampoco había nervios ni músculos de materia perecedera.

Debajo de aquella piel, tan suave y tan tersa, había acero, cromo, cobalto, vinilo, hierro, magnesio, manganeso, plutonio, uranio, neptunio.

Y tritonio.

Yo estaba bastante malherido, etílicamente hablando, cuando Twist regresó de la nave de Henderson.

Lo vi, por la pantalla del visor. Solo. El. Sólo él.

¿Y Effie? ¿Qué horror habría acabado con ella?

¿Sería polvo ya, ya nada? Polvo sería: ¿Polvo enamorado?

Cuando Twist regresó a la nave, a la nuestra, traté de no revelar en mi expresión mi agobiante pesadumbre. Incluso sonreí. Solté una carcajada.

—Estás borracho —dijo Twist.

Encaré a mis guardianas.

—Os dije que no le permitierais beber más de la cuenta — dijo.

—Es que se emborracha con muy poco —dijo una de ellas.

—Si apenas bebió una botella y media —dijo la otra.

—Sois las dos unas idiotas —exclamó Twist.

Señaló, con un fiero dedo índice extendido, el fondo de la nave.

—Id a vuestra covacha y replegaos.

Las dos chicas, robots, asintieron moviendo la cabeza. Sin embargo, había en sus ojos, en los de ambas, un algo de tristeza. Un poso, un residuo.

Las dos me observaron. Una de ellas, no sé si Leona o Tigresa, me sonrió. La otra me sopló suavemente, un beso.

Las vi retirarse, hacia el fondo de la nave, moviendo las dos las caderas al mismo ritmo. Don—ding— ding—dong.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.

Era la voz de Henderson en el transmisor.

Twist estaba sentado frente a los mandos. Al oír la palabra cero, accionó la palanca de impulsión.

Nuestra nave saltó varios metros y salió despedida hacia delante. A causa de la inercia yo salí despedido hacia atrás. Caí sobre mi trasero. Twist se rió.

—Tienes una borrachera padre, compadre —me dijo.

* * *

Mientras guiaba su nave a través de la tenue atmósfera marciana Twist hablaba conmigo:

—¿Adivinas dónde está escondida la Esmeralda Sangrante?

No, yo no lo adivinaba.

—En el rancho de la propia baronesa. Sí, sí, allí mismo.

A Twist aquello parecía divertirle enormemente.

—¿Sabes lo que haremos? —dijo—. Atacaremos el rancho con bombas neutrónicas. ¿Qué te parece?

—Muy divertido —dije yo.

¿Qué otra cosa podía decir?

El ataque se llevó a cabo.

Las fuerzas invasoras, es decir las nuestras, eran muy superiores a las fuerzas defensoras.

En media hora, poco más o menos, madame Baserfly y los suyos se habían rendido.

La cúpula exterior originaria que protegía el rancho había quedado hecha cisco a causa del bombardeo.

Hubo que improvisar una cúpula portátil, para proteger los edificios y aislarlos de la atmósfera venenosa del planeta.

La gran nave de guerra comandada por Henderson y la *Búlcaro* habían aterrizado a poca distancia de esta cúpula portátil.

—Listo, viejo —exclamó, jovialmente, mi primo Twist Banjo.

Se puso de pie, se dirigió a la escotilla y la abrió.

Teníamos los dos la escafandra puesta al igual que el traje para andar por aquella atmósfera venenosa.

Salimos, uno tras otro.

De la nave gigantesca que estaba a nuestro lado, descendieron un grupo de personas.

Reconocí, entre aquellos, a Henderson. El corazón me dio un brinco de alegría al reconocer también, a pesar del enorme traje que la cubría, a Effie.

Madame Baserfly, y los escasos sobrevivientes de su banda de piratas del espacio, nos aguardaban al otro lado de la cúpula improvisada.

Entre ellos, se encontraban Luther Grott, el traidor secretario de la baronesa auténtica. También reconocí a Sid Rogers y a Lou Constantino.

A una seña de Henderson, madame Baserfly ordenó que se abriera una de las compuertas de la pompa, o cúpula para que pasáramos nosotros.

Una vez en el interior de la cúpula, rellena de oxígeno, todos nos quitamos la escafandra.

Effie, al verme, desvió la vista. Yo, por mi parte, no podía apartar los ojos de ella.

Nos dirigimos, en grupo, al edificio principal.

Un regimiento de guardias armados, esbirros todos ellos de Henderson nos flanqueaban.

Effie andaba delante de mí, a unos pocos pasos. Más que verla, yo adivinaba sus ancas que se movían pendulares bajo el horrible traje espacial que la cubría. Aquello, me enervaba, me hacía bullir la sangre.

Sería una traidora, una embustera, una mala mujer. Pero yo la quería, la necesitaba a mi lado. Haría lo que fuera por salvarle la vida. Por tenerla conmigo, para siempre.

Estaba dispuesto a olvidarlo todo con tal que ella lo olvidara también.

Twist, que iba a mi lado, no me perdía de vista.

—Oye —me dijo en un susurro—. No hagas ninguna locura, por favor. No me gustaría perderte para siempre. Henderson es un hombre muy amable, muy cortés, muy educado. Pero no le gusta que la gente cometa tonterías.

Yo respondí con evasivas.

Entramos en el edificio.

* * *

Y éste, damas y caballeros, es el final. O el preludio del final.

Madame Baserfly, como buena vieja zorra del desierto, sabía muy bien cuándo estaba perdida. Calmosamente, cogió de encima de una mesa un cofre de oro y lo puso en manos de Henderson. Este, con la misma calma, lo abrió.

En el interior del cofre se encontraba la famosa Esmeralda Sangrante.

Era, más que una joya, un símbolo de horror universal.

No es que fuera fea, al contrario. Tenía una especial belleza. Una simétrica perfección. Pero había algo en ella desagradable, que sólo con verla, y a la distancia, se hacía evidente.

Henderson la cogió entre el pulgar y el índice. Luego la encerró en su puño. La mantuvo así, encerrada, dentro de su piel color gris, durante unos segundos.

Luego, una gota, espesa y negra como la sangre y más negra y más espesa, cayó al suelo con un ploc.

Y tras esa gota otra. Y otra. Y otra. Se formó a los pies de Henderson un pequeño charquito.

Como si a Henderson le hubiera goteado sangre de la nariz.

Henderson abrió lentamente la mano. Con lentitud hipnótica.

En su agrietada cara gris había una sonrisa triunfal, peor que lasciva.

La piel de la mano que había tenido dentro la Esmeralda, era

rosada, fresca como la de un niño.

—Aquí tenéis —dijo Henderson—, señoras y señores, el elixir de la vida.

Se agachó, restregó una mano, la otra, sobre el charco oscuro y pegajoso que se había formado en el suelo, y se pasó luego, suavemente, como una actriz frente al espejo de su camerino, la mano, la palma, la punta de los dedos, por la cara.

Yo fui testigo.

Yo vi, en cuestión de segundos, la transformación. Aquel rostro apergaminado, viejísimo, que parecía a punto de caerse a pedazos, se había convertido en un rostro de un hombre joven, bello, casi perfecto.

Se levantó un murmullo de asombro general. Admiración mezclado con horror.

—La difunta baronesa de Callimeris —siguió diciendo el ahora joven y bello Henderson *el Puritano*, fue la propietaria de esta joya durante doscientos años. Y siempre, siempre, se mantuvo bellísima.

Señaló con un dedo trémulo a madame Baserfly.

—Hasta que esta vieja horrible la mató.

Madame Baserfly lloraba.

—Yo…, yo no sabía eso… —gemía la vieja—. No me atrevía a tocar esa joya… Me dan asco las cosas pegajosas…

La vieja se había derrumbado en el suelo.

—Yo sólo quería venderla… Ganarme un honrado dinero… Una tiene que vivir de algo, ¿verdad?

—Me das lástima, querida —dijo Henderson.

Giró lentamente la cara mirando a todos los presentes.

—Te perdono la vida —agregó—. A ti y a todos los tuyos.

La vieja gemía.

—No… —decía—. No quiero vivir… No después de esto… No después de haber visto lo que he visto…

Henderson extrajo de la cintura una pistola láser y disparó dos veces.

Madame Baserfly, se convirtió en una millonésima de segundo, en una masa amorfa. Era menos fea ahora que lo que antes había sido.

Una columna de humo subía sobre aquella masa mientras ésta se derretía.

En pocos instantes, de Madame Basefly no quedó nada.

Henderson sonreía, y parecía apenado. Sinceramente apenado.

—Pobre vieja tonta —dijo—. La maté para que no sufriera, para que no siguiera sufriendo...

Henderson se dio 1a vuelta y se dirigió a la puerta.

Iba a medio camino de la puerta cuando ésta se abrió violentamente.

Un hombre se recostó en el vano de la misma.

Yo lo reconocí en seguida: era el Tigre Ferrigno.

—Lo he visto todo Henderson —dijo el Tigre—. Entrégate. Te detengo por asesinato en primer grado.

—Jamás —exclamó Henderson.

Echó de nuevo mano a la pistolera.

Pero por algo el Tigre Ferrigno era quien era. El hombre más rápido de la galaxia.

Fuf, sonó el arma del Tigre.

Henderson cayó al suelo sin vida, con un enorme agujero donde antes había tenido el pecho.

El Tigre sonrió con su famosa sonrisa de Tigre.

—Muy bien —dijo—. Todos están detenidos.

Se acercó directamente a mí.

Os he dicho que mido 1,96. El Tigre Ferrigno no creo que midiera más de 1,60. Para mirarme a los ojos se tenía que poner de puntillas, o poco menos.

—Tú eres Jack Duval —me dijo.

Yo asentí.

—Buen trabajo, muchacho —agregó.

—¿Buen trabajo? —pregunté—. Si yo no he hecho nada...

El Tigre Ferrigno rió.

—Has hecho más de lo que crees —me dijo.

Se acercó a Effie y le pasó un brazo por los hombros.

—Supongo que tú y ella desearéis hablar a solas —dijo el Tigre Ferrigno, dirigiéndose a mí.

Le odié, en aquellos momentos. ¡Cómo le odié!

La estaba tocando, le había pasado un brazo sobre los hombros.

Yo sabía que habían salido juntos, que habían yacido (según ella había confesado implícitamente) en un mismo lecho.

—No tengo ganas de hablar con ella —dije.

—Yo sí tengo que hablar contigo —dijo Effie.

Se volvió hacia el Tigre y lo besó en una mejilla.

—Eres el hombre más bueno del mundo, papá —dijo.

* * *

—Sí —dijo Effie—. Yo soy la hija del Tigre Ferrigno.

—La verdad… —dije, y me rasqué..

—Cállate —dijo ella—. Ahora tendrás que escucharme tú a mí.

Y habló, habló, habló y habló. Y yo escuché. Sin pensar. Sin pensar en nada escuché.

—¿Lo entiendes ahora? —me dijo—. Yo trabajaba para mi padre. Para él y para ti. Y para mí.

Estiró la mano por encima de la mesa y me acarició en la cara.

—Porque te quiero —dijo—. Eres mi recompensa.

Nos inclinamos uno hacia el otro y nos besamos en la boca.

Yo siempre había sabido, sin ningún género de dudas, que Effie era una chica lista, decidida y de sangre fría.

Sí, es sin duda muy lista y muy decidida. Pero en cuanto a lo otro… Tiene la sangre caliente. Más caliente que nadie.

Hay un par de puntos que me gustaría aclarar.

En primer lugar, lo relativo a mi primo Twist Banjo.

Después de todo, Twist es un buen chico. Effie y yo intercedimos por él. Obtuvo una condena muy corta, casi ridícula.

Ahora se halla en libertad. No sé si habrá llevado a efecto su gran proyecto sobre una empresa interplanetaria de *call—girls.*

Lo que sí sé es que Leona y Tigresa siguen con él. Le siguen fieles. Todo lo fieles que pueden ser las máquinas.

En segundo lugar, querría hablarles unos momentos de la Esmeralda Sangrante. El elixir de la vida. De la juventud eterna.

Hubiera sido gran cosa, ¿verdad?

Sí, gran cosa. Todos viviríamos eternamente.

O por lo menos, como pasa casi siempre, unos pocos privilegiados, entre los que ahora me cuento.

Estoy casado con la hija del Tigre Ferrigno. Ya no trabajo como simple detective privado. Tengo una gran empresa de investigación. Tengo agentes en todos los puntos del sistema solar. En pocos meses, abriré una agencia en uno de los planetas del sistema de Sirio. La

sangre que destilaba eternamente, sin pausas, de la Esmeralda Sangrante, hubiera bastado bien administrada, para otorgar la juventud eterna no a la humanidad entera pero sí a una buena parte de la misma.

Por desgracia, la Esmeralda Sangrante ya no existe.

Se desintegró.

El disparo, tan certero, del Tigre Ferrigno la atomizó.

Sé, que hay en estos momentos cientos, miles de expediciones que buscan en Saturno y sus alrededores una joya semejante. Dudo que la encuentren, aunque no por ello dejo de imaginar a veces lo que ocurriría si la encontraran.

Depende todo del estado de ánimo en que me encuentre.

Hay ocasiones en que anhelo que la haya. Hay otras en que ruego por que no la encuentren jamás.

La Esmeralda Sangrante tenía tras de sí una estela de sangre y de muerte.

Yo, y todos vosotros viviremos, como simples mortales, la vida brevísima que nos está destinada.

La única diferencia es que yo tengo junto a mí a Effie la chica más guapa, más inteligente, más astuta, más decidida y de más sangre fría y caliente (según los casos) del Universo.

¿Qué tenéis a vuestro lado vosotros?

F I N